

¿Qué futuro



**Encuesta realizada
por María Ruipérez**

¿CUÁL va a ser el futuro de las ciencias, de la economía, de la política, de los derechos humanos, de las artes, de la prensa, de la Iglesia, de la mujer, de la poesía, del teatro o del cine, del pensamiento o de las ciencias sociales, de los toros o del deporte? En estas páginas, un grupo numeroso de intelectuales, de políticos, críticos y profesionales de primera fila tratan de contestar a esta pregunta ardua y difícil en sus distintas especialidades.

Es evidente que con ello no hemos pretendido escribir un tratado de ciencia ficción —las respuestas son lo suficientemente serias como para descartar tal posibilidad— ni siquiera establecer una serie de recetas válidas para cualquier momento de un próximo futuro. El fracaso de los futurólogos de comienzos de la pasada década que, tras presentar su trabajo como una nueva ciencia, fueron incapaces de prever la crisis del petróleo, puede desanimar a cualquiera. Simplemente se pretendía recoger algunas previsiones desde la perspectiva personal y sincera de quienes están interviniendo diariamente en la construcción de ese futuro. Sus esperanzas y sus temores, sus ilusiones y desengaños, su visión del presente y del pasado inmediato, son la base argumental de tales previsiones.

El lector podrá así contrastar juicios y extraer consecuencias. Y descubrir que, pese a todos los problemas y las dificultades, hay algo que justifica un moderado optimismo. Porque, como todos los entrevistados señalan, la conquista de la libertad y el reforzamiento de la democracia son las únicas bases para predecir, y también para construir, un futuro más justo y más humano.

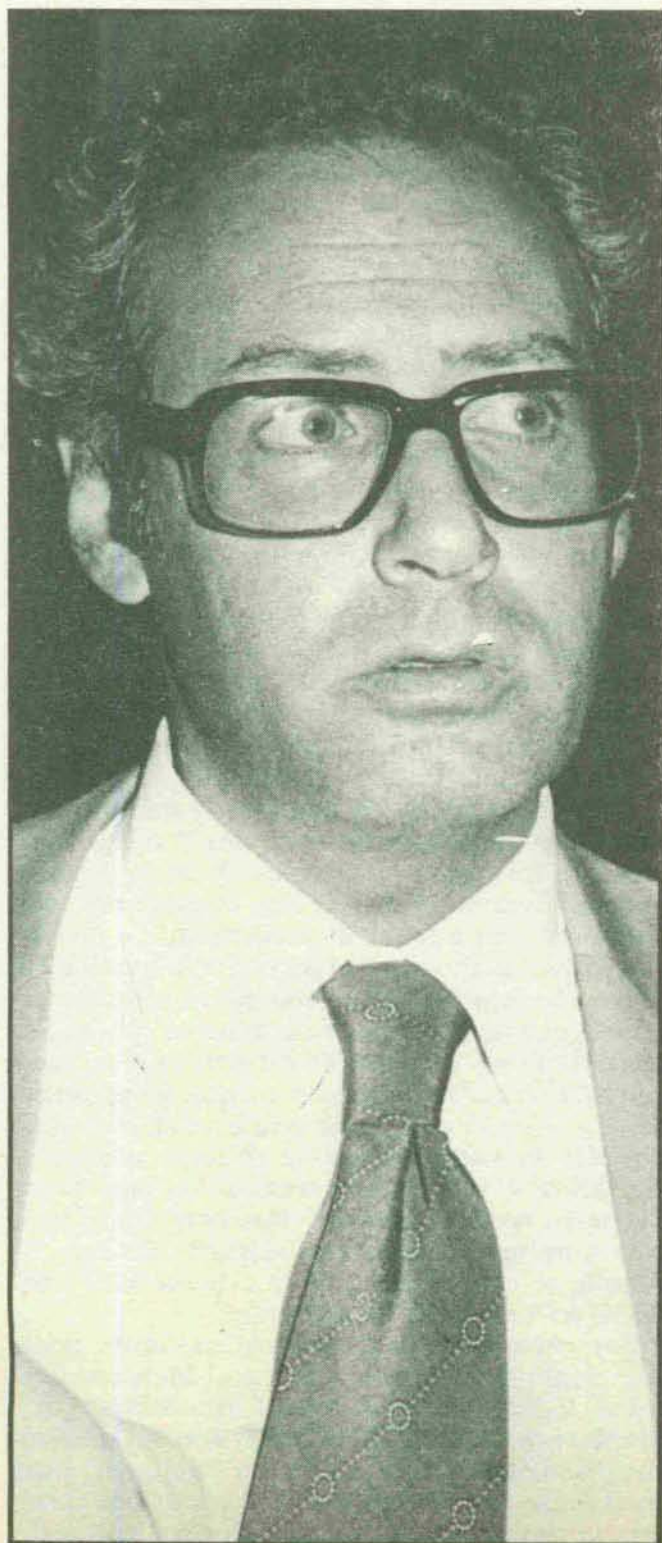
nos espera?

EL FUTURO ECONOMICO Y POLITICO

Miguel Boyer:
Un doble reto para
la economía española

EL futuro de la economía española está determinado, a mi juicio, por la posibilidad de abastecerse de energía en mayor grado de lo que la economía española se ha podido abastecer hasta ahora. Quiero decir que el estrangulamiento del crecimiento económico español está producido, fundamentalmente, por la dificultad de pagar las importaciones de energía, en especial el petróleo, que son necesarias. Si se volvieran a tener tasas de crecimiento como las del pasado —de un 7 por ciento al año—, las necesidades de importación de energía serían tan grandes a los precios actuales, que resultaría prácticamente imposible pagarlas. Esto hace que desde 1973 estemos teniendo que reducir el crecimiento a unas tasas ya muy pequeñas: la media en estos últimos ocho años es del dos y medio por ciento, frente al 7 por ciento que se crecía antes. Y esto está determinado por el estrangulamiento de las importaciones de energía, que no pueden superar un cierto nivel, porque no podríamos pagarlas. De manera que, en el futuro, las posibilidades de crecer a unas tasas aceptables van a depender de que seamos capaces de utilizar más eficazmente la energía. Es decir, que seamos capaces de producir los bienes y servicios en cantidades crecientes con menos consumo de energía, por un lado; y por otro, aumentar el abastecimiento de energías baratas, y la producción de energías españolas, como es el carbón, o las que se consideran menos onerosas en importaciones, como la energía nuclear.

Yo creo que por cualquier camino está claro que el factor decisivo es poder mejorar la balanza de pagos. En este sentido, me parece que se están empezando a hacer progresos. Pero, de todas formas, pienso que con los planes actualmente vigentes el progreso es insuficiente.



ENCUESTA

Los planes energéticos españoles, incluso con una revisión, me parecen todavía insuficientes, y creo que hay que avanzar más en el ahorro de energía y en la producción interna de energía. Si se consiguiera una mejora sustancial, que nos permitiese pasar a un autoabastecimiento energético, dentro de cinco o seis años, del orden del 45 por ciento, entonces podríamos volver a tasas de crecimiento que permitieran absorber el paro. La economía española debería crecer a tasas no muy lejanas al 4 por ciento para que la situación de empleo fuera soportable. De todas formas, aun con esas tasas, y resolviendo el problema energético, hace falta cambiar bastante la estructura económica española, porque —aun con las condiciones favorables anteriores— de todas maneras no conseguiríamos absorber el paro que tenemos en proporción suficiente, y dar trabajo a los nuevos llegados al mercado de trabajo, en especial a los jóvenes y a las mujeres que se van incorporando a la vida activa.

De manera que es inevitable, a mi juicio, que paralelamente a ese ahorro de energía y a esa mayor producción de energía, se cambie sustancialmente la estructura de la economía española desde el punto de vista de la demanda. En España tenemos que pasar de la industria básica, que se desarrolló en los años sesenta, a una industria más ligera, donde cuente más el elemento humano que el elemento materias primas baratas, como era el caso tradicional; a industrias que utilicen más sustancia gris y menos energía, es decir, más tecnología. Esto supone intensificar más la producción, los elementos de organización y de penetración comercial, etc.

Por otra parte, la sociedad española tiene que pasar —como todas las sociedades desarrolladas, y en este caso más rápidamente por la crisis de la energía—, de una sociedad que fue agrícola, y que ahora es industrial en una alta proporción, a una sociedad mucho más volcada en los servicios, porque consumen menos energía. La sociedad de servicios es una sociedad que puede absorber mano de obra en grandes proporciones, mientras que la industria en todos los países del mundo está ya estacionada desde el punto de vista del crecimiento del empleo. Por muy bien que nos vaya industrialmente, y eso va a ser difícil, la industria española no va a aumentar el número de empleos en la economía española. Eso quiere decir que, como la agricultura inevitablemente reduce su empleo, y la industria ha empezado a reducirlo desde la crisis de 1973, el único sector que puede crear esos empleos es el de servicios. El sec-

tor servicios incluye la educación, el transporte, las actividades terciarias relacionadas con el turismo o con el comercio, o con las industrias de servicios, como las ingenierías, las consultorías, las actividades de auditoría, etc. Es un cajón de sastre, pero, de todas maneras, sigue siendo significativa la denominación de sector terciario para el sector de servicios.

Para que este sector se desarrolle, hace falta un cambio en el que, en mi opinión, el sector público tiene un papel importante; porque para que la demanda se incline hacia eso, y dejemos de consumir proporciones crecientes de automóviles y de bienes materiales, y nos volvamos más consumidores de servicios, de viajes, de ocio, de educación, de sanidad, etc., no cabe duda que hace falta abaratarlos. Y ahí el sector público es el que tiene que ayudar, a través de subvenciones, de transferencias de renta, de desarrollo de servicios colectivos, a la evolución natural que, de todas maneras, se tiene que producir en ese sentido.

Por consiguiente, y resumiendo el panorama general básico —porque hay tantos detalles en una economía, que se puede hablar de muchísimas cosas—, el problema fundamental, a mi juicio, es el del ahorro de energía y el de producir más energía. Y, al mismo tiempo, el de un cambio de la demanda —es decir, de lo que consumimos los españoles— más hacia los servicios que hacia los clásicos bienes materiales de las primeras etapas del desarrollo, que se tienen que encarecer forzosamente, porque tienen una proporción de energías, y una proporción de materias primas muy alta. Yo creo que esos son los retos principales. Y en la medida en que tengamos éxito en esas evoluciones, podremos volver a tener un crecimiento, y podremos volver a absorber el paro. En la medida en que no lo tengamos, se prolongará la situación actual, que es más bien espeluznante, porque si no se dan esos cambios de estructura —yo creo que una de las razones por las que no se planifica en España es porque nadie se atreve a extrapolar la situación actual a cinco años o a diez años—, nos encontraremos con unas tasas de paro verdaderamente insostenibles. Hace falta cambiar la situación estructuralmente, y aunque se está avanzando en este sentido, a mi juicio lo hecho es insuficiente.

Por otro lado, la economía española tiene que cambiar entremos o no en el Mercado Común; y, además, las transformaciones para adaptarnos al Mercado Común son las mismas que tendríamos que hacer en cualquier caso por la crisis de la energía. Y eso por dos razones: la fundamental, porque las debilidades de

la economía española se derivan, sobre todo, de la crisis de la energía. Es decir, que para volver a tener una industria competitiva, adaptarnos y competir dentro del Mercado Común, tendríamos que volvernos menos dependientes de la energía importada y menos volcados en la industria básica. En definitiva, que tendríamos que hacer las mismas transformaciones. Y la segunda razón, porque los propios países europeos están sufriendo también la crisis energética, y las adaptaciones que ellos están haciendo a esa crisis son absolutamente parecidas a las que tenemos que hacer nosotros. De manera que, para acercarnos a Europa, tendríamos que hacer estas transformaciones.

Fuera ya de esos aspectos básicos determinados por la crisis energética, hay otras adaptaciones en otros sectores, que yo no considero tan trascendentales como las anteriores, pero que son también fundamentales. Es evidente que en España vamos a tener que dejar un sistema de precios. Es decir, los precios no reflejan bien las condiciones de mercado ni las de la producción. España tiene muchos precios subvencionados, intervenidos, y todo eso tendrá que liberalizarse para entrar en el MC. Pienso que, además, tenemos que aprender de una organización mejor. El auténtico abismo que existe entre España y el MC es de organización empresarial. Las empresas españolas no están bien organizadas, y los españoles trabajamos mal. Tenemos una productividad baja, porque en España el trabajo está mal organizado, y habrá que hacer grandes esfuerzos para organizar mejor las cosas. Si el problema de empleo se va resolviendo de alguna forma con las adaptaciones surgidas de la nueva situación de la crisis energética, tendremos muchas menos dificultades para un mercado de trabajo más fluido.

Yo creo que la entrada en Europa va a producir grandes cambios, y los trabajadores españoles van a tener que acostumbrarse a pasar de unos sectores, que no están tan boyantes, a otros que sí lo están. Va a haber que abandonar industrias que no son competitivas, o agriculturas que son poco competitivas —como colectivos que se basan en la pequeña ganadería del norte de España, o cultivos como ciertos trigos, o como el olivar extra-marginal, etc.—. Entonces, eso exige que los trabajadores y los empresarios se acostumbren a no apegarse a los sectores tradicionales y reclamar una protección, sino a pasar a los sectores más dinámicos.

Ayudaría a realizar todo esto si la Comunidad Europea tiene una actitud generosa desde

el punto de vista de volver a abrir la válvula de cierta posibilidad de emigración. España nunca ha conseguido dar trabajo a toda la población activa, ni siquiera en los buenos tiempos del desarrollo; y naturalmente en la actualidad es mucho más difícil. La Comunidad está poniendo grandes dificultades para aceptar el libre movimiento de trabajadores, que es uno de sus principios. Invoca que los propios países del Mercado Común tardaron cinco o diez años en producir la libre transferencia de trabajadores de unos países a otros. Pero para nosotros es absolutamente vital que lo consigamos con cierta rapidez, porque en España, con los cambios que puedan darse por la entrada en el MC, se pueden producir situaciones locales de paro, y puede ser una espita útil el que ciertos trabajadores, durante el período de transición, puedan desplazarse al extranjero, como hicieron en otro tiempo. Esto es doloroso, pero es menos doloroso que el paro durante un período largo de tiempo, o en una región menos desarrollada, o que esté sufriendo el impacto de la adaptación al MC.

En este aspecto, la Comunidad no es muy generosa; ella misma tiene grandes problemas de empleo. Y una de las razones por las que hay dificultades en las negociaciones es porque no quieren conceder rápidamente el libre movimiento de trabajadores. La Comunidad quiere unos períodos de transición larguísima, probablemente de diez años o más. Yo creo que este es un punto que los negociadores tienen que conseguir, que lo mismo que va a haber una libertad de movimientos de mercancías, haya una libertad de movimientos de trabajadores, porque es la contrapartida sin la cual una liberalización parcial tiene malos efectos.

En el caso de que hubiera un cambio de Gobierno, actualmente el PSOE tiene un programa económico de salida de la crisis y de mayor justicia distributiva, en el sentido en que se ha entendido en los países nórdicos; es decir, de utilización del sistema fiscal y de las posibilidades de redistribución de la renta que tiene el Estado. Y no tanto un programa tradicional, en el sentido de nacionalizaciones o de cambio en las relaciones de propiedad de la empresa. Yo creo que esto es perfectamente justificable. El problema principal es el de afrontar la crisis económica general, y afrontarla, no aumentando la desigualdad, sino disminuyéndola. En cuanto a transformaciones más de fondo, en primer lugar hay diferencias entre las corrientes del propio Partido Socialista. Pero lo que hay en este momento, pienso, es un consenso

ENCUESTA

dentro del PSOE de que ese tipo de problemas no corresponden a los próximos cinco o diez años, sino que es mejor posponerlos para dentro de diez años; entre otras cosas para ver si hay una corriente perfectamente decantada en un sentido o en otro. Y yo me atrevería a decir que la evolución de los Partidos Socialistas no va hacia la nacionalización de los años cuarenta o cincuenta, sino en otro sentido.

Yo pienso que el Partido Socialista, si llega al Gobierno, se centraría fundamentalmente en los temas de la democratización de la sociedad española, en asentar la democracia, mucho más que en transformaciones de propiedad. Y también en utilizar las palancas del Estado —fiscales o redistributivas— para producir una mayor justicia o conseguir que la salida de la crisis no se haga aumentando la injusticia. Esa

es la salida de la derecha, que quiere suprimir los salarios mínimos, obtener el despido libre y minar el poder de los Sindicatos. En definitiva, la salida liberal a la crisis es un aumento de la desigualdad para fomentar un esfuerzo como en los buenos tiempos del siglo XIX. Sin embargo, el reto socialista es salir de la crisis sin aumentar esa desigualdad, e incluso salir de ella consiguiendo mayor igualdad, y posponer para otras etapas más tranquilas, y donde, además, la propia evolución europea determine ya lo que puedan ser cambios más profundos de la economía.

En este sentido creo que la opción fundamental es entrar en Europa. A mí me parece que lo que no puede hacer España —sea o no socialista— es tener un camino muy diferente del medio de Europa. España no se puede con-



Francisco Fernández Ordóñez

A veces tenemos la sensación de que hay algo que coincide entre la irrupción de la democracia, siempre discontinua, y los grandes ciclos económicos, en un sentido negativo. Es decir, que parece como si la democracia apareciera siempre en el momento menos oportuno desde este punto de vista. Lo cierto es que la democracia llega a España después de tantos años en un momento en que el país se encuentra en transición desde el punto de vista de sus estructuras económicas, con unas estructuras educativas arcaicas, con una administración pública mal pagada y poco eficiente, con una economía poco productiva, con

DOS OPINIONES SOBRE EL

un sistema cultural y social poco evolucionado, y con un Estado que aún no ha resuelto sus grandes problemas históricos de integración. En definitiva, la democracia llega a España, en última instancia, en el momento de una de las crisis más importantes del capitalismo.

En esta situación, hay que decir, en primer lugar, que todo lo que dice la derecha española en relación con el 23 de febrero —curiosamente años después de que haya una Constitución, y de que hayamos resuelto el principal problema que se planteaba, que era la salida del régimen anterior— y todo lo que afirma sobre el peligro de una involución política es una exclusiva manipulación de la derecha, que yo considero evidente.

La democracia española para legitimarse, no en sí misma —que está siempre legitimada—, sino ante la opinión pública, que no conoce la democracia, tiene que ser eficaz. Y el deber de los demócratas españoles es que la democracia sea eficaz. Entonces, el punto fundamental, en mi opinión, es que yo entiendo que la democracia española está inseparablemente unida a una serie de transformaciones económicas y políticas que la hagan eficaz. Por tanto, o la democracia española es una ambición colectiva de cambio, o no es nada, porque acabará muriendo precisamente a manos de los que no creen en la propia libertad. Para que esto no ocurra, tiene que ser eficaz, y para ser eficaz tiene que ser capaz de realizar una serie de transformaciones sociales y en la vida política y económica del país.

vertir en una Albania, o en una Argelia europea. Adonde vaya Europa, irá España. Y yo creo que Europa está en evolución, aunque la derecha presenta a veces la situación europea como de equilibrio, como óptima y estacionaria. Pero la verdad es que la propia Europa está buscando fórmulas de una mayor justicia en muchos países, y en particular, por los partidos de izquierda. Entonces, yo creo que en Europa va a haber una evolución, por ejemplo, hacia una mayor participación de los Sindicatos en la vida de la empresa. Y me parece también que dar por supuesto que Europa es el paradigma del capitalismo clásico, ni es cierto ya hoy, ni lo será en los próximos años, porque la evolución en Francia, en Grecia, o en otros países, demuestra que hay un descontento social importante. Y sean acertadas o no las medidas de los Partidos Socialistas francés, griego, o sueco en

su día, me parece que revelan que Europa no está en situación de equilibrio. El capitalismo europeo es algo que está en evolución y en transformación.

Yo creo que España irá hacia el cambio común europeo, y que no vale la pena que inventemos soluciones excesivamente originales, porque serían barridas por la competencia internacional. Incluso, a un país más atrasado que el nuestro, como Portugal, que hizo un amago en un sentido revolucionario más tercermundista, ese amago le ha costado bastante caro, y ha tenido que dar marcha atrás, y probablemente ahora se está pasando de rosca. Entonces, lo más sensato parece ser que España haga una aproximación a Europa, procure combatir la crisis, y después iremos adonde vaya Europa.

UTURO DE LA DEMOCRACIA

Por eso, yo creo que la democracia española es una democracia necesariamente reformadora. Tengo la impresión de que precisamente en estos momentos hay un cierto acuerdo entre los partidos políticos progresistas, desde el que yo represento a los demás partidos de la izquierda —en especial, el PSOE y el PCE— de archivar sus programas máximos en beneficio de una opción de forma y de progreso en que nos encontramos inmersos todos los demócratas españoles; y pienso que esa es la gran tarea de España en los próximos años.

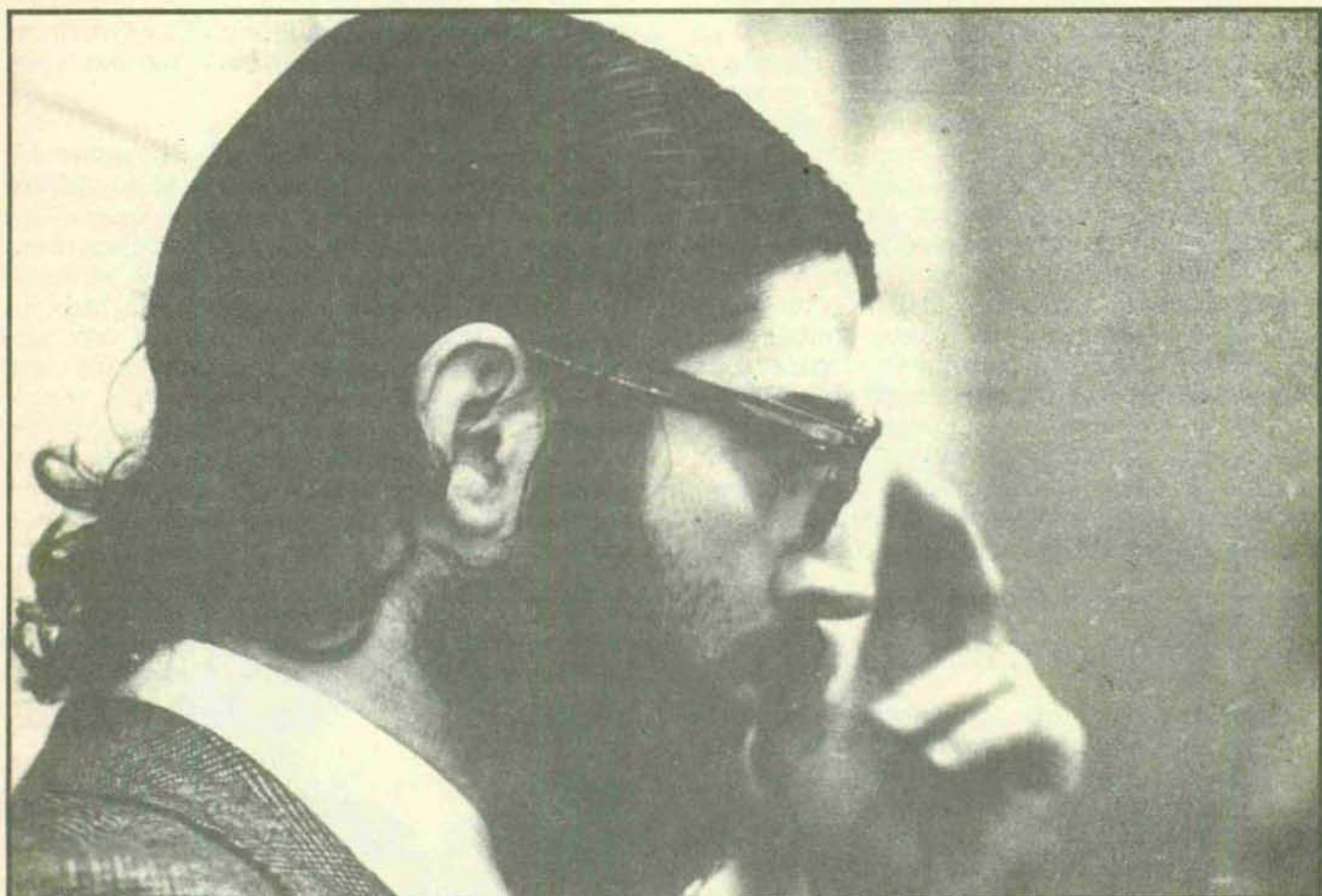
Gregorio Peces Barba

VEO el futuro de la política y de la democracia con optimismo y con esperanza. La política es una actividad necesaria para la convivencia; no se puede vivir sin política. Creo, además, que después de unos meses en que se ha deteriorado la imagen de la política de una manera consciente, incluso con alguna campaña para intentar despolitizar a los españoles (posición que es, naturalmente, una posición de la derecha para poder mantener que la política la hagan ellos siempre y desinteresar a los ciudadanos), después de ese tiempo, se ha producido una recuperación, especialmente sentida por el pueblo tras darse cuenta de lo que suponía volver atrás después del 23 de febrero. Por consiguiente, creo que poco a poco se irá estabilizando la situación, y que la política será una actividad como las de-



más: una actividad de los ciudadanos que quieran dedicarse a ella.

Y en cuanto a la política democrática, que es el adjetivo que tiene la política en una situación constitucional como la española, la veo con esperanza, porque tenemos unas reglas de juego político en la Constitución que permiten que el país progrese con la alternancia de los grupos políticos en el poder. Y lo veo con esperanza, porque entiendo que en el futuro, con las próximas elecciones, esa alternancia es posible que se produzca, si el pueblo lo desea. Y se podrá producir, por impulso de un Gobierno socialista, un paso hacia adelante en la profundización de la democracia, que es lo que a mi juicio necesita nuestro país.



José María Mohedano

PRESENTE Y FUTURO DE LOS DERECHOS HUMANOS

EL futuro de los Derechos Humanos habría que examinarlo a la luz de los cambios que se están produciendo en las instituciones del Estado moderno, y en las relaciones internacionales de fuerza. Hoy observamos que hay una expansión de los poderes del Estado que invaden la esfera de la sociedad civil, que es la depositaria y la impulsora fundamental del ejercicio de los Derechos Humanos. Y, por tanto, ese fenómeno de expansión del Estado moderno —que es una tendencia universal— en principio sólo se puede juzgar como un detrimento y como una dificultad para la garantía y la protección de los derechos humanos.

En esa expansión del Estado moderno, habría que considerar, en primer lugar, el auge del fenómeno militarista en el mundo, que supone una invasión del poder militar en la sociedad civil; pero no como lo entendemos en España, es decir, como una toma del poder a través de un golpe de Estado militar, sino como

una intervención cada vez más acusada de las esferas militares dentro del poder del Estado y de la sociedad civil. Por tanto, ese fenómeno militarista como uno de los rasgos de la expansión del Estado —y como una expansión con unos rasgos de rigidez de jerarquía, y de sobrecontrol de la vida civil por el poder político— no es un factor favorable para la plena vigencia de los derechos humanos.

En segundo lugar, los derechos humanos se entienden por las grandes potencias, y por la mayoría de los Estados, como un fenómeno ambivalente para ellos, que consiste en utilizarlos fundamentalmente como un arma de propaganda política en determinadas coyunturas. Eso produce un cierto desprestigio dentro de las bases sociales respecto a los derechos humanos, cuando ven que los Estados los utilizan según su conveniencia, y que incluso hay una especie de consenso entre los grandes Estados para cerrar los ojos ante las atrocidades que otros Estados producen en materia de derechos

humanos, con tal de que esos Estados cierren también los ojos ante las violaciones de los derechos humanos que se producen en los demás.

Pese a todo, el papel de los derechos humanos en el mundo es fundamental contra esta tendencia autoritaria que sufren los nuevos Estados, no sólo en el terreno del poder político, sino en el terreno ya más concreto y administrativo del poder policial, del poder judicial, e incluso en lo que se refiere al derecho a la intimidad. Porque los grandes sistemas tecnológicos que tienen actualmente los Estados para controlar a los ciudadanos producen también otra nueva invasión en el terreno de la intimidad a través de los ordenadores y de métodos sofisticados, para poder vigilar la intimidad de las personas.

Esta situación, colocada en el plano español, se ve agravada en una forma contradictoria. Por una parte, ha habido una explosión de las ansias de liberación del pueblo español, reprimidas durante muchos años, en el momento del cambio político y de la aprobación de la Constitución. Pero la forma peculiar en que se ha producido ese cambio en España ha dejado intactas algunas instituciones en algunos centros básicos del poder, que son los que tienen encomendada legal y constitucionalmente la protección de los derechos humanos. En la medida en que sectores básicos de esos centros de poder no han adoptado una mentalidad democrática, y no han adoptado una mentalidad subordinada al poder constitucional, no existen las suficientes garantías para los ciudadanos de que esos derechos humanos se vayan a proteger suficientemente.

Cuando antes me refería a la ambivalencia con que son utilizados los derechos humanos, no he señalado una cuestión básica: y es que los derechos humanos son algo más amplio y extenso que las libertades públicas. Hay personas que prefieren utilizar el término de libertades públicas o libertades fundamentales al de derechos humanos. Sin embargo, el concepto de derechos humanos engloba al de las libertades públicas, y va más allá. Porque las libertades públicas se entienden fundamentalmente en el sentido de derechos civiles y políticos; sin embargo, los derechos humanos engloban también los derechos económicos y sociales; y sobre todo, en esta época en que vivimos, empiezan a englobar también a lo que yo denominaría *los nuevos derechos humanos*. Es decir, los derechos que se refieren, por ejemplo, a la defensa del medio ambiente, al derecho a un entorno urbano digno, y a otros derechos que podríamos relacionar fundamentalmente con la

calidad de la vida. Y esos conceptos no forman parte de las libertades públicas, que como he dicho se refieren al tema de los derechos civiles y políticos.

Con el desarrollo productivista e industrializado de las nuevas sociedades, tampoco estos derechos se encuentran protegidos, y por tanto, entran en contradicción con esa forma de desarrollo y de crecimiento depredador de las nuevas sociedades industriales. Y aunque podríamos pensar que, por los efectos opresivos en el terreno político y en el terreno económico de estas formas de Estado, tanto los antiguos como los nuevos derechos humanos no podrían jugar el papel que les corresponde, en mi opinión, aunque sea en contradicción con esas formas del Estado y de la sociedad industrial, los antiguos y los nuevos derechos humanos deben jugar un papel en algunos casos revolucionario. No sólo son meras garantías formales, sino que tienen un papel impulsor y de transformación del nuevo modelo de Estado y de sociedad industrial que se vislumbra ya en los finales del siglo XX.

En España, que forma parte, y que está entrando a formar parte del concierto mundial dentro de ese nuevo modelo de Estado a partir de 1976 y 1977 —y a eso responde fundamentalmente el anuncio de su ingreso en la Alianza Atlántica, la entrada en el Mercado Común, su incardinación dentro de las relaciones económicas y políticas internacionales, dentro del concierto de los países ricos que supone un grave quebranto en el orden económico internacional— esos nuevos derechos humanos pueden jugar ese papel de transformación vital de la sociedad española, entendida no sólo aisladamente, sino dentro del concierto mundial.

Quizá sería interesante señalar algunos de los derechos humanos en el plano estrictamente político —sin entrar en el terreno económico y social— que adolecen de una protección y de una garantía efectiva, pese a estar reconocidos en la Constitución española. Por ejemplo, el artículo 30 de la Constitución, que se refiere a la objeción de conciencia, es un precepto que hoy prácticamente las autoridades españolas desconocen, bajo el pretexto de que todavía no hay una ley que desarrolle este artículo constitucional. Por tanto, están en prisión un grupo importante de objetores de conciencia, a quienes no se les concede la prórroga en el servicio militar, ni se les admite su objeción, sobre la base de que es por motivos civiles, y no por motivos religiosos. Y, sin embargo, el artículo 30 de la Constitución no hace ninguna diferencia en este sentido.

No hace falta tampoco insistir en las violaciones que se están produciendo en el derecho a la libertad de expresión, cuando ésta se ejerce a través de los medios de información o de opinión, que hacen una crítica de las actuaciones de la administración, o de instituciones de la administración, o de personas que pertenecen a instituciones de la administración, cuando estas actuaciones suponen una limitación de otros derechos fundamentales. La falta de receptividad de algunas instituciones básicas del Estado español cuando se ejercen críticas razonables contra ellas, porque no ejercen la función social que tienen encomendada, está dando lugar a la apertura de sumarios contra periodistas o contra funcionarios, que ponen en cuestión el funcionamiento democrático de estas instituciones.

Tampoco podemos olvidar que la legislación antiterrorista ha dado cobertura, y una cierta permisibilidad tácita, a la práctica de métodos contra los detenidos que están expresamente prohibidos en la Constitución. Me refiero al derecho a no ser torturado ni a sufrir tratos degradantes. La aprobación de algunos preceptos de la legislación antiterrorista, que permiten que un detenido pueda estar durante diez días incomunicado sin intervención judicial, ha dado lugar a que los malos tratos se hayan incrementado en España a partir de 1977 y 1978, y a que por primera vez se haya puesto en práctica la ampliación, al menos con existencia de indicios racionales de criminalidad, del nuevo delito de torturas que se estableció recientemente en el Código Penal español.

Podríamos sacar también a relucir más incumplimientos de algunos derechos fundamentales reconocidos en la Constitución; incluso en el capítulo que corresponde a los derechos civiles y políticos, como, por ejemplo, el derecho a la educación y el derecho a la enseñanza. Pero me parece que los tres casos citados suponen una expresión actual y viva de algunos de derechos que en estos momentos no se están cumpliendo en España en una importante medida.

En conclusión, en mi opinión, las grandes potencias y los Estados, en general, entienden los derechos humanos en un aspecto puramente formal, y este tipo de Estados suponen la negación de los derechos humanos. Pero, en el otro polo de esta contradicción, creo que los derechos humanos van a ser cada vez más una bandera y un elemento fundamental, no sólo en el terreno de las libertades civiles y políticas básicas, que tampoco son respetadas en los países occidentales, sino también como una forma de desarrollo social, económico y cultural integral en los países industrializados.



LA SOCIEDAD Y EL CAMBIO SOCIAL

Cristina Alberdi:
**Un futuro de esperanza
para la mujer**

EL futuro de la mujer está muy concatenado con la situación actual y con todo el bagaje que la mujer arrastra tras una serie de años en que ha estado discriminada jurídica y socialmente. Los años posteriores a la contienda civil de 1936 —estos cuarenta años

tan citados— supusieron para la mujer española un notable retroceso con respecto a la mujer europea, tanto en lo social como en lo jurídico. Desde el punto de vista jurídico, se ha conseguido en los últimos años, en especial con la aprobación de la Constitución de 1978, que al menos en la letra de la ley haya una equiparación formal entre el hombre y la mujer, y que con carácter programático se establezca el principio de la no discriminación por razón de sexo. Esto ya es importante en sí mismo —pese a que en la práctica todavía no sea una realidad— porque cualquier transgresión a ese principio puede ser objeto de reclamaciones o de modificaciones de ley. Además, ese principio ha dado lugar a la modificación de una serie de leyes que afectan a la vida cotidiana, como las de filiación, patria potestad y gananciales aprobadas en junio del año pasado, y la reforma del llamado derecho de familia, que se aprobó en julio, y entró en vigor en agosto del año pasado.

Desde el punto de vista social, hay otra serie de temas que afectan a la mujer, y que todavía están pendientes en cuanto a reformas, incluso jurídicas, y no digamos ya en cuanto a reformas de tipo social o de relaciones personales. Uno de los temas que más afectan al estatuto de la mujer dentro de una sociedad como la nuestra es el de la información sexual, de difusión y venta de anticonceptivos, que también hasta 1978 estaba penalizado. Se ha avanzado desde entonces en el sentido en que se despenalizó la compra de anticonceptivos. Pero el Gobierno no ha cumplido con las promesas que hizo en su día de llevar la información suficiente y establecer los Centros o Ambulatorios precisos para que todo este tema de la información sexual fuera una realidad. Y también están pendientes el tema del aborto y su legalización, de la posibilidad de abortar como se viene haciendo en toda Europa con las suficientes garantías sanitarias.

¿Cómo veo yo estos temas en un futuro? Pienso que estas reformas van a caer por su propio peso. Si en el momento actual se ha suscrito el Convenio de Derechos Humanos de Estrasburgo, y si se va a entrar en el Mercado Común, y si hay que equiparar las leyes españolas a las europeas, será preciso —con independencia de que las mujeres luchemos por este tipo de cosas— una modificación en este sentido, que al menos equipare la legislación española a las europeas. Pero esto estaría centrado más en el terreno jurídico, mientras que el terreno sociológico sería quizá el más importante, y el que tarda mucho más tiempo en evolucionar.

En este campo tenemos la postura de la mujer dentro de la sociedad: la mujer española sigue siendo bastante conservadora, se encuentra todavía muy enraizada en el núcleo familiar, sale de la familia si es casada y con hijos para colaborar a su sustento, pero las mujeres tienen muy arraigado el principio de que su destino o función en la sociedad es el de ser esposas y madres. Esto en términos generales. Pero lo que sí es cierto, y ahí yo creo que los sociólogos podrían analizarlo de una manera más clara, es que la situación con respecto a las generaciones más jóvenes ha cambiado notablemente, y ha cambiado de tal modo que, aunque la mujer siga pensando en el matrimonio como un objetivo en su vida, o como algo posible, realmente la situación es muy distinta. Ni deja el trabajo, ni deja los estudios, ni se plantea dedicarse de una manera exclusiva al cuidado de los hijos y del hogar. Esto traerá consigo que la realidad sociológica de la mujer en España cambie en unos años de una forma sustancial. Porque todavía ese acceso de las generaciones más jóvenes a la edad de treinta o cuarenta años, o a una situación en que se encuentren más relacionadas con lo que es el medio familiar, no se ha producido, pero se va a producir en una década o en dos. Entonces, o bien asistiremos a un tipo de relaciones interpersonales y colectivas totalmente distintas, en las que haya diversas variedades de familias o de colectivos que agrupen a una serie de gente ligada por lazos afectivos o por parentesco; o aunque siga predominando la familia institucionalizada tal como la conciben los códigos y la sociedad en que vivimos, creo que no será una institución preeminente sobre las demás.

Puede que yo sea muy optimista y hable de una década o de dos; pero si no es en este período de tiempo, se producirá en cincuenta años, porque lo cierto es que se va hacia situaciones de otro tipo. Incluso, comparativamente hablando, podemos ver que en otros países en que el desarrollo ha sido anterior en el tiempo al de la sociedad española, la sociedad ha cambiado bastante, aunque haya un cierto conservadurismo, o una vuelta a posturas conservadoras a nivel mundial. La realidad sociológica de países como los nórdicos o los Estados Unidos es bastante diferente a la situación española, y abundan las relaciones no institucionalizadas y los colectivos de personas de distinto sexo, unidos por relaciones afectivas, con hijos, pero sin estar unidos por vínculos matrimoniales. Es decir, existe una gran variedad de planteamientos en torno a la institución básica en la

que se ha fraguado la discriminación de la mujer, o la preeminencia del hombre sobre la mujer; es decir, la institución básica del patriarcado, que, como sabemos todos, es la familia.

En cuanto al movimiento feminista, yo creo que, por lo nuevo y por la variedad y la riqueza de sus planteamientos, no es un movimiento del que se pueda hablar con las mismas ideas o coordenadas con las que hablamos de otros grupos o partidos políticos. Estos han respondido a una determinada evolución de la sociedad, mientras que el movimiento feminista responde a un planteamiento de la mujer dentro de la sociedad, lo que es totalmente distinto. En un primer momento, el movimiento feminista se encontró muy dependiente mental, e incluso simbólicamente, de lo que fueron los partidos o los grupos revolucionarios ya dotados de prestigio en la situación anterior. Pero, desde el momento que el movimiento feminista va ganando terreno, o va creando sus propios planteamientos, rechaza el sistema de partidos, y rechaza el sistema de coordinación y estructura política que tenían los grupos políticos.

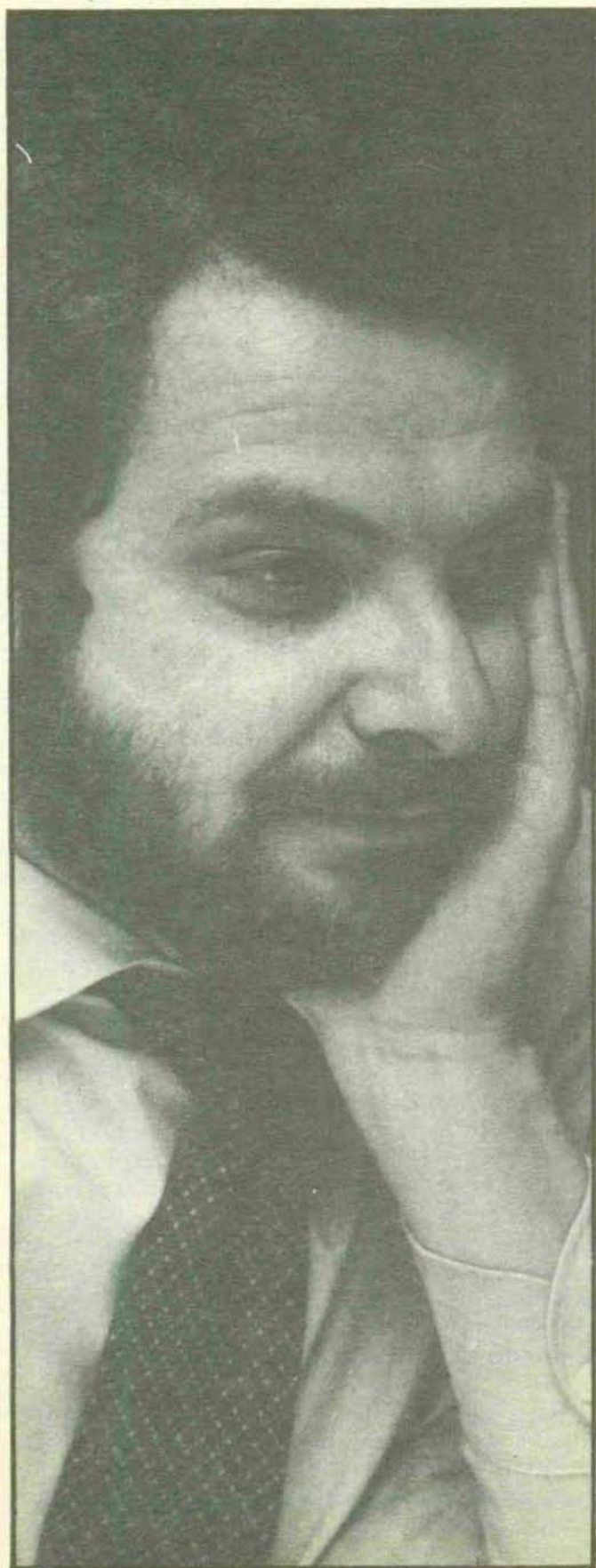
Lo que en mi opinión no es nada positivo cara al futuro, ni pienso que los movimientos feministas se desarrollen por este camino, es que sean unos grupos cohesionados, muy coherentes y estructurales, con mucha jerarquía y con mucha fuerza. Yo creo que el movimiento feminista está más ligado a una revolución de la vida cotidiana, a un planteamiento distinto de las relaciones interpersonales, del lenguaje, de lo que es la relación interpersonal y diaria entre la gente. Y en esta medida, creo que no se podrá hablar en un futuro de un movimiento feminista fuerte, sino de una fuerza distinta interiorizada en las mujeres, ya que éstas se socializarán incluso de otra manera, y tendrán ya otros modelos u otros ideales en los que verse.

La mujer no se va a encontrar en la misma situación en la que está en la actualidad; pero el sistema para que así sea no va a ser la estructura tradicional, ni la estructura política de los partidos, ni un gran movimiento feminista. Va a ser un sistema —como está siendo ya en cierto modo— de comunicación por contagio de las nuevas ideas, que prenden en las mujeres de una forma absoluta. Porque está tan arraigada en las mujeres esa discriminación, ese sufrimiento y esas penalidades, que se produce una identificación inmediata con muchos planteamientos de las mujeres que están luchando de una forma individual o en grupo, y crean con sus planteamientos unas situaciones tan caóticas que realmente son revolucionarias.

Juan Luis Cebrián: Los medios de comunicación de masas: un moderado optimismo

Es muy difícil pronosticar el futuro. Yo creo que el futuro es fruto del presente, y por tanto, del pasado. En la prensa hay unas contradicciones y unos problemas políticos, porque políticamente la prensa y los medios de comunicación son un reflejo de la situación general. Creo que habrá, por ejemplo, en este sentido, más libertad de expresión, si hay más libertad en general; y habrá menos libertad de expresión si hay menos libertad. Si hay una elevación del debate político, cultural y social, habrá un aumento del interés en la difusión de los medios de comunicación. El futuro de la comunicación —prensa, radio y TVE— depende mucho del futuro del país en general. Y no se pueden hacer predicciones claras: hay que saber qué va a suceder con el juicio del 23 de febrero. Pero pienso que en este momento se puede ser más optimista en lo que concierne al mantenimiento de la convivencia democrática y constitucional, y soy un poco más optimista en lo que se refiere a las condiciones políticas del ejercicio de la libertad de expresión. También es verdad que hay quien supone que el mantenimiento del sistema vigente se puede hacer a expensas de una cierta cautela o una cierta presión sobre la libertad de expresión, entre otras libertades, y sobre los medios de comunicación en general. Como digo, es muy difícil establecer futurologías; soy más optimista que dentro de un mes. Pienso que la libertad de expresión sufre problemas desde antes del 23 de febrero, pero soy moderadamente optimista respecto al mantenimiento de unos límites potables para la libertad de expresión.

En lo que se refiere a problemas que no son estrictamente políticos, a las presiones estatales o sociales a través de distintos métodos, creo que no se ha resuelto satisfactoriamente el marco legislativo y jurídico de la libertad de expresión; y que independientemente de la coyuntura política general, y por tanto, de falta de protección al ejercicio de la libertad de expresión. Y no es que lo prevea, pero hay síntomas que hacen suponer que la actividad judicial contra periodistas puede verse aumentada en los próximos meses, y hasta cierto punto la sentencia contra Vinader es un mal síntoma de lo que en este sentido puede suceder.



En este terreno de las presiones que no provienen directamente de la política, pienso que, de igual manera que en los demás aspectos, estamos asistiendo a una especie de sometimiento general de la sociedad a un estado de cosas que se upone inmutable o difícilmente cambiante. Y, por tanto, creo que también en este sentido se supone inmutable o difícilmente cambiante. Política concreta, el ejercicio de la libertad de expresión. Y lo que más temo, y lo que pienso que está sucediendo es la autocensura en las redacciones. Es decir, pienso que esta situación de inseguridad jurídica, el aumento de presiones económicas, la situación política general y el miedo a un golpe militar, sumado a una serie de dificultades en el mercado de trabajo muy fuertes, han generado bastante miedo en las redacciones. Un miedo bastante difuso a la pérdida del empleo; y, en otros casos, a que si viene un golpe le fusilen a uno o le metan en la cárcel. Y el miedo produce una autocensura. Yo creo que la autocensura es fuerte en este momento; creo que es mala, y creo que ha generado unas condiciones irregulares del ejercicio profesional.

Entonces, decía al principio que se podía ser moderadamente optimista, porque creo que debemos serlo; pero mi moderación en el optimismo viene precisamente dada por todo esto.

Paradójicamente, en medio de este cúmulo de dificultades políticas, y de dificultades económicas, parece que hay una gran expectativa de creación de nuevos medios de comunicación, no sólo en la prensa, sino también en la radio —incluso se habla de la televisión privada— con la creación de nuevas emisoras de FM, con la creación de nuevos periódicos en Madrid, en Barcelona, y quizá de nuevas revistas. Yo creo que esto está ligado por una parte a una dinámica de cambio en la estructura de la propiedad y a la oferta del gobierno de entregar nuevas frecuencias de FM. Y, por otra, está ligado al cambio de estructura de la propiedad de la prensa del Movimiento; la aparición de determinadas ambiciones del sector privado por hacerse cargo de esta empresa de propiedad pública, la proximidad de unas elecciones generales, y, por lo tanto, la necesidad de los partidos o de los futuros partidos de encontrar tribunas de expresión. Es decir, que desde este punto de vista puede que se amplíe en cierta medida el campo de trabajo de los profesionales, la pluralidad de voces para los lectores y radio-oyentes, y la pluralidad de tribunas y de puntos de vista.

ENCUESTA

Creo que esto es bueno en principio; lo que me temo también es que suceda algo parecido a lo que sucedió en 1976 y 1977: que haya una gran cantidad de aventureros que se lancen a la creación de nuevos medios de comunicación sin las garantías económicas, y sin la capacidad y el respeto profesional (no me refiero sólo a lo periodístico, sino a lo empresarial y a todos los puntos de vista); y si salen, salen y si no también. Temo que se embarque a mucha gente en una actividad en la que todo el mundo coincide que debe ser seria y responsable, con cierto aventurerismo en el peor sentido de la palabra.

No obstante, la aparición de nuevas publicaciones y de nuevas emisoras es siempre un dato esperanzador; y lo sorprendente es que toda esta actividad se mueve siempre en el espectro ideológico de la derecha. No se ve que la izquierda tenga grandes iniciativas o ideas a la hora de buscarse tribunas en las que expresarse, mientras todo parece indicar que la derecha multiplica la imaginación. También tiene más dinero, pero multiplica la imaginación en este sentido.

En el tema de la televisión la futurología es la presentología. La TVE es un desastre, y más desde que el Gobierno se decidió a vulnerar el Estatuto —porque lo ha vulnerado moralmente—. Esto no lo he contado nunca, pero yo tuve muchas conversaciones en la primera etapa de Arias Salgado con él, en las que creo que logré influirle en el sentido de que lo esencial en el Estatuto era la inmovilidad del director de la RTV pública. Por varias razones: primera, porque cualquier director de cualquier ente de este género necesita un tiempo de trabajo para hacer algo interesante y útil; y segunda, porque es tal el estado de miseria y corrupción de la TVE que o el director general llegaba con un poder real y con el tiempo suficiente para hacer efectivo ese poder, de modo y manera que el personal de la casa no le mirara como a un interino, o no podría hacer nada. Ahora ya sabemos que los directores generales pueden dimitir cuando el gobierno quiera, a base de presiones y coacciones de todo tipo, o de la compra del cargo con ofertas en la empresa o en la Banca pública. Y yo creo que a partir de ahí lo que se nota es una actividad censora y represiva muy fuerte en TVE, con una baja de calidad en los programas notabilísima, y un progubernamentalismo y una facciosidad, en el peor sentido de la palabra, tremendos. Yo creo que se puede decir que la TVE va a seguir siendo muy mala, y que políticamente va a seguir estando al servicio del poder.

En cuanto a la televisión privada, me temo que después de la batalla que la izquierda dio contra ella ahora está sucumbiendo a la eventualidad de que no sólo haya televisión privada, sino que ésta sea un reparto de prebendas por parte del poder público. Entonces, yo que soy ferviente partidario de la televisión privada, tengo que hacer la única caución de que en el estado de cosas actual de la sociedad española, y con las maneras con que se está comportando el Gobierno, la televisión privada (no por principio, sino por la voracidad de unos y la falta de capacidad de la izquierda y de la oposición), en vez de convertirse en un elemento dinamizador, puede convertirse en el sistema de multiplicar las represiones y las historias de la televisión pública. No lo sé. Creo que no va a haber televisión privada a corto plazo, y que ese es un arma electoral que el Gobierno se tiene reservada.

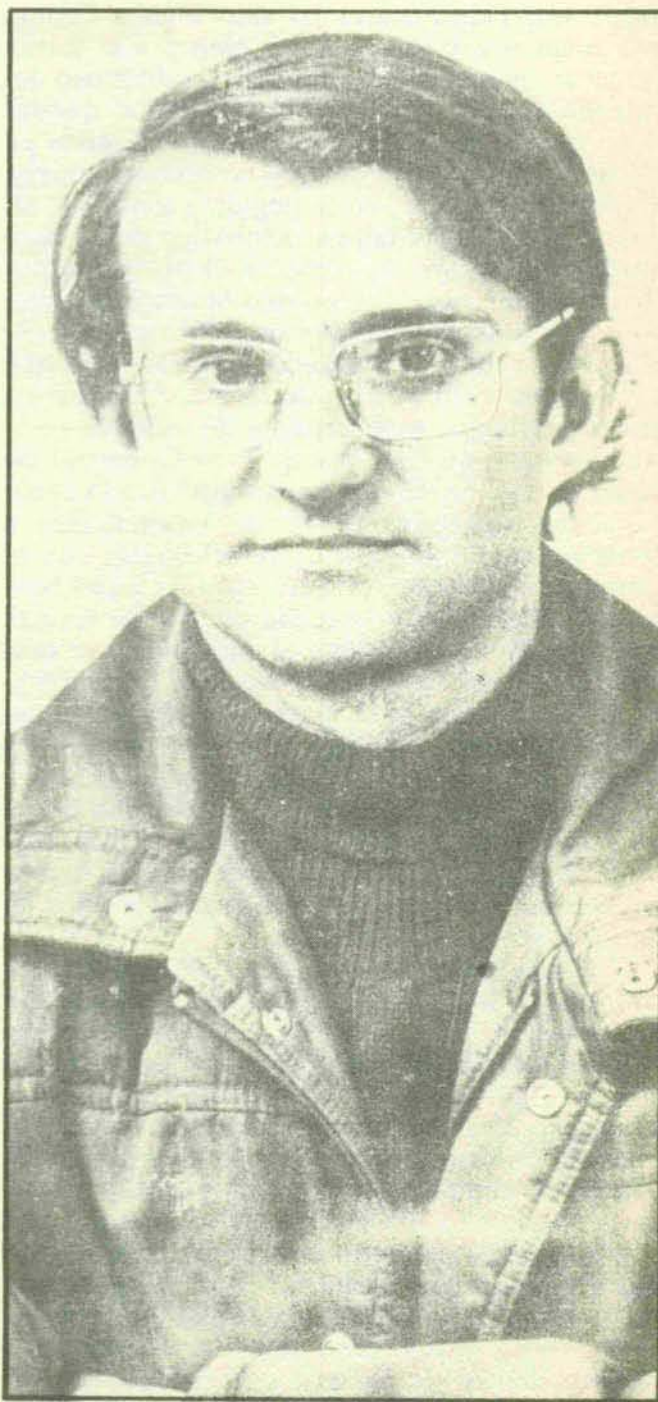
Desgraciadamente unos y otros han llevado al debate al oportunismo político. Es decir, el Gobierno va a dar televisiones privadas si le conviene electoralmente, y las va a dar a los grupos que le convengan electoralmente. La UCD, que lo que vendía era un modelo de sociedad —yo no sé exactamente qué es un modelo de sociedad, y me parece una chorrada—, nos tiene que decir si en ese tipo de sociedad entra o no la iniciativa privada y de las minorías en los medios de comunicación de masas. Lo que le pasa a la izquierda es paralelo, pero por la otra vía: tiene una especie de estupor ante la televisión, ante sus facultades técnicas y de influencia en la sociedad, que llegan al punto de defender la radio privada y no la TV —cosa un poco absurda, porque además dentro de poco vamos a tener la TV porque nos la vamos a fabricar nosotros mismos. Hay ya un tipo de TV privada que está funcionando a base de cintas en video, y mañana mismo se podría montar un sistema de TV privada a través del video que podría resultar muy bien. Yo creo que hay cosas que se pueden hacer en este terreno, y que por falta de iniciativa, y por dogmatismo, la izquierda no es capaz de ofrecer alternativas, y la derecha se dedica exclusivamente a utilizarlo en su provecho.

Para volver al tema de la prensa, técnicamente en los cinco años futuros nos va a llegar la revolución tecnológica. Esta es una de las cuestiones más importantes para la prensa moderna. Pienso que la prensa española es, o puede ser, una prensa moderna; pero también creo que aquí tampoco los sindicatos y las empresas

han hecho una tarea suficientemente prospectiva. Es decir, que estamos en el umbral del cambio tecnológico con una pasividad verdaderamente notable, y supongo que el propio cambio tecnológico, y las condiciones económicas en que se desenvuelve la prensa escrita, van a determinar la desaparición de algunos periódicos y la creación de otros nuevos; y en cualquier caso puede determinar un cambio notable en la estructura de la propiedad. Una cosa que probablemente la gente no sabe todavía es que por la estructura de empleo que hay en la prensa española, salvo dos o tres grandes periódicos, la renovación tecnológica puede no suponer la pérdida de empleo prácticamente en ningún caso. Por otro lado, la renovación tecnológica implica una inversión mucho más pequeña a la hora de hacer periódicos locales, y, por tanto, debe suponer una mayor capacidad de difusión del pluralismo de opinión en la sociedad.

Frente a todas estas cosas los periodistas —por ir al hombre— estamos bastante mal organizados: hay una enorme insolidaridad de todo género, bastante protagonismo innecesario y bastante mala formación en los periodistas. Tenemos todo mal: la formación en la Universidad; no tenemos resuelto el tema de la titulación del carnet, ni en un sentido ni en otro; no tenemos un sindicato, nuestra Asociación no nos representa, y los sindicatos tampoco representan a los periodistas; no tenemos ninguna capacidad de solidaridad para resolver nuestros problemas; las empresas, salvo excepciones, tampoco están muy bien dotadas; y todo el sector está muy zarandeado por unos y por otros, y muy poco profesionalizado. En este terreno soy más pesimista.

Para acabar, creo que los partidos políticos españoles, por las razones que sean, no tienen unas concepciones prioritarias sobre el uso de la libertad en la convivencia política. Quizá en eso el PSOE y los partidos de izquierda suelen ser más honestos, o tratan de serlo; pero cuando la libertad de expresión se vuelve contra ellos, o contra su concepción de las cosas, recibe el mismo rechazo o las mismas presiones que viene recibiendo desde la derecha, y no hay una base estructural sólida —social, profesional, empresarial, económica, jurídica y política— que pueda garantizar un desarrollo del sector como es debido. Aun así yo sigo siendo optimista: para que la democracia exista es necesaria una prensa fuerte; y si tenemos una prensa sólida tendremos democracia.



**Pedro Costa Morata:
La alternativa energética
y el futuro de la ecología**

EN este momento estamos en una etapa de transición. Hay que tener en cuenta que, hasta ahora, la preocupación ecológica ha sido una preocupación de minorías, y en el caso español ha estado muy relacionada con la forma y el modelo de desarrollo que hemos llevado a cabo, en especial el desarrollo

industrial. Hasta ahora ha sido algo así como una respuesta y una defensa frente a la forma como se ha realizado el famoso y milagroso desarrollo económico español. Debe de quedar claro que la rebeldía ecológica o ecologista en España debe datarse cuando comienza la lucha antinuclear, es decir, en la negativa a admitir algo tan específico y tan característico de nuestro modelo de desarrollo como es el problema nuclear. Y, por eso, yo creo que la actividad ecologista militante, el ecologismo del tipo que conocemos, activo y politizado, tiene su arranque a finales de 1973 y 1974, de forma simultánea a aquel despliegue espeluznante de proyectos nucleares con que nos obsequió el Gobierno de aquel momento. En los años siguientes la preocupación ecológica se ha ido extendiendo a otros temas, también muy relacionados con la forma de desarrollo: por ejemplo, la lucha contra las autopistas, o la lucha contra las formas de contaminación industrial, que nos une más al movimiento asociativo y vecinal. Y también se ha dado, y en este momento está en pleno desarrollo, una respuesta contra el modelo turístico, a favor de la protección de las costas y de los espacios naturales, y de la protección del litoral, donde, además, se ha entrado en contradicción directa y clara con el modelo turístico, que ha sido una de las cosas intocables de nuestro sistema económico.

Hay que constatar también que con la normalización democrática y con el libre juego de los partidos ha habido un desenganche y un momento de crisis, puesto que los partidos han podido expresarse ya como tales. Las Asociaciones de Vecinos, por otro lado, han sufrido también el mismo proceso, y se han visto relativamente abandonadas por los partidos políticos. Y, por ello, ha habido un momento —en el que todavía estamos— de desconcierto y de ruptura con la línea anterior, que era progresiva, y que caminaba de una forma bastante lineal. Ahora mismo creo que nos encontramos todavía dentro de los grupos ecologistas bajo ese desconcierto, en esa situación extraña en la que se ha roto la línea de progresión y de reivindicación, donde había un cuerpo ideológico adquirido y una gran experiencia, y hay una cierta expectación por los caminos y derroteros que tome la política convencional. Y, desde luego, hay un fenómeno constatable: muchos ecologistas, tras una dilatada experiencia política, están entrando ordenadamente en las filas de los partidos de izquierda.

En cuanto al futuro, yo lo relaciono también con la trayectoria de la actividad económica. Desde luego, si en los últimos tiempos —cinco

o seis años— se puede decir que las agresiones al medio ambiente han ido frenándose, o se ha ido reduciendo su impacto, hay que decir que ha sido por la crisis económica, que evidentemente ha restringido las inversiones, y el sistema ha tenido que reconocer a la fuerza que no se podía continuar con los estilos de inversiones que había antes. Es decir, ya no son necesarias nuevas refinerías, ni más plantas siderúrgicas ni petroquímicas, ni tampoco centrales nucleares, porque no hay demanda de electricidad, etc. En este sentido, está muy claro que la crisis energética ha favorecido la mejora o el sostenimiento del medio ambiente, porque se ha invertido menos.

De ahí que haya que temer a la tan anhelada recuperación económica, porque ésta conllevará, o por lo menos tenderá, a que se recuperen las mismas tendencias anteriores a la crisis. Es decir, inversiones en industria pesada —tendencia que no podrá ser reprimida—, y luego determinadas inversiones más cualificadas, que no sean de base, pero que pueden ser, desde el punto de vista medio-ambiental, mucho más dañinas. Y aquí hay que observar que, probablemente, nuestra vinculación a Europa redundará en perjuicio del movimiento ecologista en este sentido. Porque, de alguna manera, se espera que España juegue un papel especializado en determinado tipo de inversiones, que aunque no tengan que ser forzosamente espectaculares, sí pueden ser muy dañinas para el medio ambiente, ya que la administración y la opinión pública en otros países europeos tienen mucho más asumida la protección y la defensa frente a la agresión contaminante.

De todas formas, no es posible pensar que se vaya a recuperar la situación económica anterior a la crisis del petróleo, ni en España ni en ningún otro país. Nuestro desarrollo de la década de los sesenta era realmente ficticio: se basaba en el modelo japonés, en una situación distinta a la del Japón. Por lo tanto, no es posible pensar en que este desarrollo vaya a repetirse. Lo que pasa es que la salida de esta crisis va a comportar tantos conflictos de tipo político, social y sindical que los ecologistas y los defensores del medio ambiente van a pasarlo mal, y van a atravesar una fase dura, porque no van a tener mucha cancha en este tipo de discusión. El problema estribará en que habrá que recuperarse rápidamente, habrá que crear muchísimo empleo, y habrá que hacerlo al precio que sea.

Hay también otro factor que me preocupa, y que está vinculado con la estructuración autonómica del país. En contra de lo previsto, en

muchas Comunidades Autónomas se da un fenómeno que consiste en que los responsables políticos a nivel provincial, y no digamos ya local, se muestran extraordinariamente provincianos, localistas, chovinistas y papanatas en materia de inversiones y protección del medio ambiente. De forma que la administración central está en unas posiciones mucho más progresistas respecto a la protección del medio ambiente que las nuevas administraciones autonómicas. Esto trae consigo cantidad de problemas, y los seguirá habiendo hasta que la experiencia —que en definitiva se conseguirá después de muchas equivocaciones— señale que la previa protección del medio ambiente, y a veces la protección del medio ambiente a ultranza, son una inversión, son rentables y fructíferas de cara a la rentabilidad económica, y que no se trata simplemente de perder puestos de empleo, inversión o producto bruto.

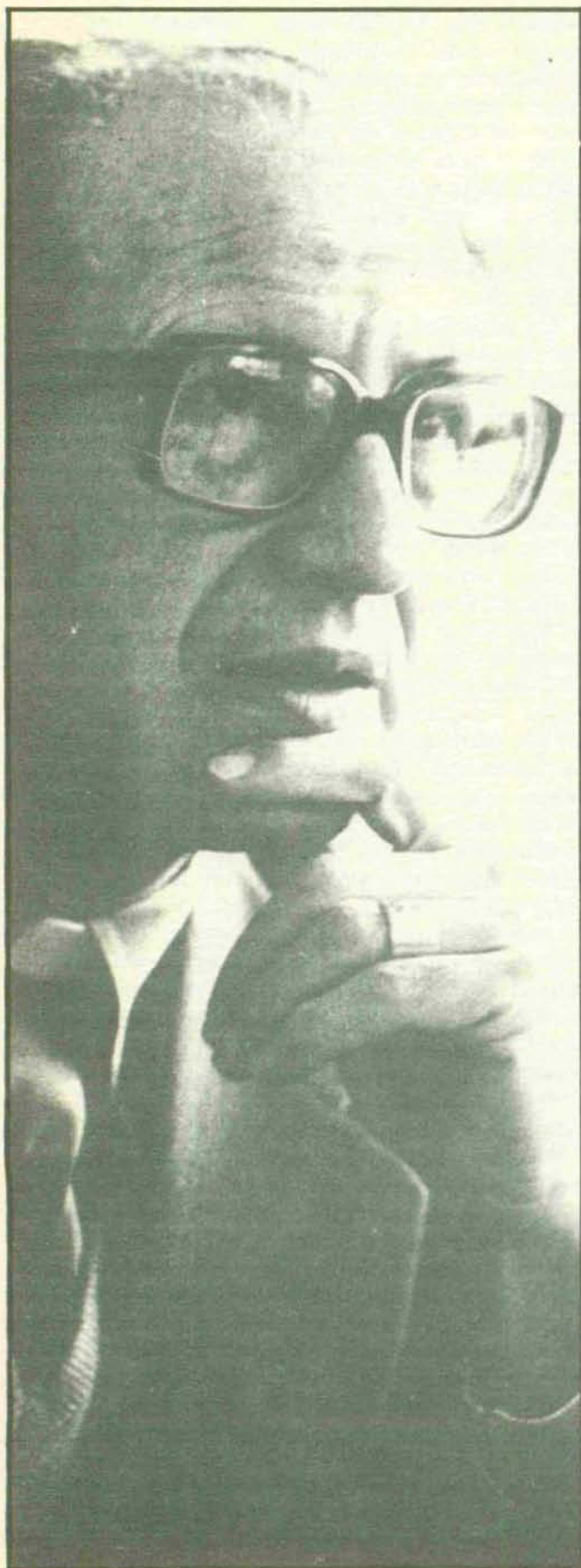
Pese a todo, yo pienso que el tema energético seguirá siendo un tema de primerísima línea y muy socorrido en la lucha ecologista. Y no sólo la rebeldía o la negativa a la energía nuclear —que es parte consustancial de este tipo de respuesta social, y sobre la que creo que nunca se va a ceder—, sino también un nuevo aspecto que estará relacionado con las alternativas energéticas, que están bastante ligadas con la alternativa económica y la alternativa social de una sociedad distinta. Yo creo que la fuerza de los hechos, y la dura realidad de que nuestro país es como es, y no como los planificadores de la energía pensaban que era, está ya forzando a todos los que tienen capacidad decisoria a pensar que la opción nuclear fue un error, que no hay manera de adaptar con los instrumentos habituales el país y nuestro modelo de desarrollo a esta forma de energía por muchas razones.

Yo creo que, tras esta vuelta a las formas tradicionales de energía —sobre todo de el carbón—, se desembocará, también a la fuerza (cuando se compruebe que merece la pena, que no es tan caro, que da muchísimos menos problemas y que tiene una mayor aceptación social), en la creación y desarrollo de las nuevas formas energéticas, fundamentalmente la solar, la eólica y otras de menos importancia. Además de la fuente energética más interesante, que es el ahorro energético, tema que nunca se ha tomado en serio, que en concreto el Ministerio de Industria no ha querido tocar seriamente, porque va en contra de los intereses del sector eléctrico. Pese a todo, se ha convertido en un nuevo sector productivo: la industria del ahorro energético, del aislamiento de la vi-

vienda, etc. Desde luego, se puede ver fácilmente cómo la propia administración ha ido cambiando de actitud, de unas actitudes ferozmente pronucleares, en 1974 y 1975, a la creación del Centro de Estudios de la Energía en 1976, y en la actualidad con la subvención a los ciudadanos que quieran instalar algún tipo de energía solar. Pero esto ha venido de la mano de los intereses económicos privados, que por fin se han dado cuenta de que todo es también productivo.

En resumen, me aferro a la esperanza de que las cosas irán mejor, en la medida en que la opinión pública se decida a intervenir de forma cada vez más directa. Esa es la única esperanza. Pero nos queda todavía por atravesar una etapa dura, en la que, con la recuperación económica, lo prioritario será el empleo, y con esa coartada —porque funcionará como coartada— se seguirán cometiendo tremendas tropelías. Y, por otra parte, veremos que el movimiento ecologista cada vez tendrá más dificultades para funcionar de forma autónoma, porque, lógicamente, las instituciones, empezando por los partidos políticos, tienden a acaparar esa actividad y a quedarse con el voto verde, y ofrecen en sus programas una filosofía de protección de la naturaleza. Yo creo que —si por fin los partidos, y en especial los que alcancen el poder en un futuro próximo— asumieran una serie de postulados y una filosofía de protección del medio ambiente sería bienvenida la desaparición del movimiento ecologista autónomo. Pero merece la pena que se mantenga esa autonomía, que incluso en determinadas circunstancias se rete a los partidos clásicos, forzándoles, si es necesario, y acudiendo a los comicios electorales con listas verdes. Soy partidario de ello, siempre y cuando se den cuenta de que en este país, donde no se ha consolidado más que la destrucción del medio ambiente, entre otras cosas, hay unas prioridades democráticas pendientes.

En este sentido, pienso que no son muchas las opciones que quedan en el movimiento ecologista: o integración —y es deseable que quede una parcela de autonomía—, o autonomía feroz, en la medida en que los partidos de izquierda se muestran antiecológicos, porque en muchísimas ocasiones así se comportan, con independencia de que sus programas siempre tengan un tinte verde. Los partidos hasta hoy se muestran muy desarrollistas, muy productivistas, y no acaban de entender que también desde el punto de vista electoral interesa asumir una alternativa y unos programas relativamente ecológicos.



Alberto Iniesta: La vuelta de la Trascendencia

CREO que usar una sola palabra —«religión»— para experiencias tan distintas, de hombres de tantas razas y culturas y a lo largo de millones de años, es ya de partida simplificador. Así como se dice que no hay enfermedades, sino enfermos, de la misma manera podría decirse de esa «divina enfermedad» que es la religión: no hay religión, sino hombres religiosos, dentro de una variedad prácticamente infinita. Lo mismo sucede ahora. Hay una inmensa gama no solamente de religiones establecidas, con sus instituciones, sus ritos, sus doctrinas, sino mucha gente que vive también un cierto sentimiento religioso al margen de los cuadros oficiales, bien por haberse salido o por no haber entrado nunca, pero que participan de algún sentimiento religioso.

Pues bien: yo creo que tanto en un sentido como en otro la experiencia religiosa y la necesidad de sentimiento religioso del hombre esté volviendo a crecer en el mundo. No, por supuesto, de manera avasalladora, descarada, ni mucho menos masiva y uniforme. Ni tampoco que haya una especie de conversiones en masa. Pero sí de una manera a veces larvada o indirecta; esporádica, también; quizá vergonzante, como con pudor o como con complejo. Pero acaso también porque el deseo que el hombre siente de lo Trascendente está buscando nuevos caminos de expresión, más de acuerdo con el hombre de nuestra civilización y de nuestra época cultural.

Lo cierto es que mientras hace unas décadas se aseguraba que de manera irreversible lo religioso se iba retirando de la conciencia del hombre moderno, a medida que éste se iba situando en una nueva conciencia y una completa racionalidad, parece, por el contrario, que resurge por todas partes el misterio, esa claraboya del hombre por la que aspira si no a ver, a oír y sentir la Trascendencia o el Trascendente, ese Algo o Alguien que es el objeto del sentimiento religioso de una gran parte de la humanidad.

No niego que todo esto es ambiguo. No quiero hacer apologética, sino constatar honradamente la realidad. Por eso no se puede descartar que en todo ello influyan diversos factores de nuestro momento histórico, como son, por ejemplo, la actual crisis económica, a nivel planetario; el sentimiento de frustración ante la tecnología, que no solamente no nos ha dado un «mundo feliz», sino que lo está esterilizando

y enfermando; un cierto milenarismo difuso, de catastrofismo, la amenaza de que una guerra o un error pueda hacer saltar el mundo en pedazos, etc. Sí: hay que contar con todo eso, para estar en guardia y no consentir que, una vez más, el sentimiento religioso como coartada alienante, como refugio, como escapatoria ante los problemas que nosotros mismos creamos y que nosotros tenemos que intentar resolver. De acuerdo. Pero una vez reconocida esta ambigüedad no olvidemos las dos caras de la ambigüedad. Es decir: que la racionalidad humana y la razón científica o empírica tiene que saber que «no está sola»; que hay a su lado, en su mismo trasfondo, otra realidad extrapolada, que no está sometida a sus controles y que, por el contrario, tiene sus propias reglas, sus propias intuiciones, sus propias certezas. Entonces, la razón, ante el velo de la religión se encuentra con la ambigüedad, que no es certeza tampoco negativa; y por eso tiene que preguntarse a la vez: «¿Y si no?» Pero también: «¿Y si sí?» Desde mi punto de vista, del que ha optado por el sí, pienso que lo mejor sería si no meter la razón, que no cabe; si no meter del todo el corazón, que sería lo mejor, pero puede dar miedo; al menos, meter una mano detrás de la cortina e ir tanteando a ver qué pasa. A lo mejor Alguien nos da también su mano y nos invita a entrar...

Pasemos a hablar de la Iglesia española. Ya se entiende que no se me pide que adivine el futuro, supongo. Quizá, en todo caso, se puede hacer como los meteorólogos, unas ciertas deducciones, dado el estado de la mar, las presiones atmosféricas, las direcciones de los vientos, etc. Pues bien: teniendo en cuenta el estado atmosférico eclesial en la península y los datos de su entorno se puede pensar que este año va a ser «movidito» en España. Por una parte, puede haber varios cambios en sedes muy significativas para la orientación general de la Iglesia. Porque el cardenal Tarancón presenta la dimisión en mayo, cuando cumple setenta y cinco años. Si se la aceptan o no, ya puede ser muy significativo. En caso de que se la acepten es muy importante que el sucesor sea de su línea o no lo sea. No es imposible que le concedan un arzobispo coadjutor con derecho a sucesión, que le acompañe durante uno o dos años para irse rodando, y hacer la transición sin disfunción. También se espera el cambio de la sede de Sevilla, donde Bueno Monreal está esperando hace dos años que le nombren sucesor. Y el arzobispo de Tarragona cumple también setenta y cinco años.

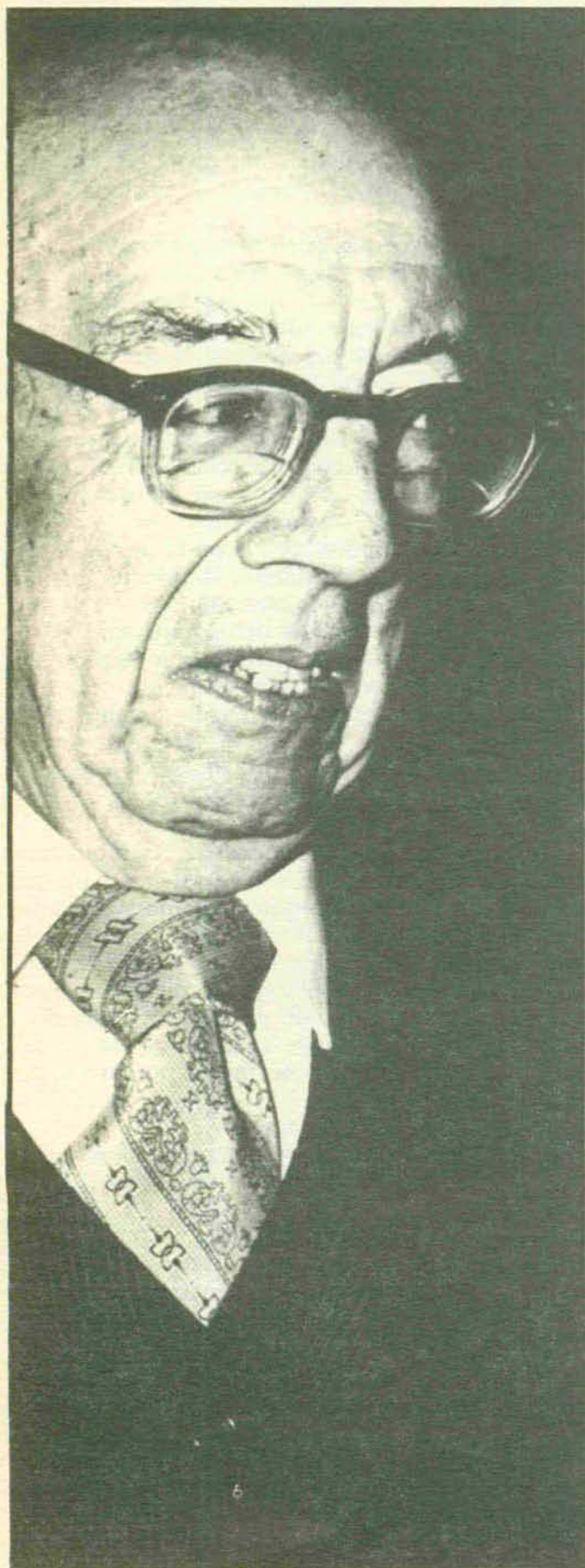
Otro dato importante es la próxima visita del Papa en otoño, que, sin duda, removerá mu-

chas aguas, provocará encuentros multitudinarios, pondrá en primer plano el hecho cristiano y católico, y en el contacto más detenido con el episcopado en conjunto podrá tener una idea más viva y más cálida de la realidad de esta Iglesia, que no es como la de Polonia, aunque algunos índices engañosos hubieran podido hacerlo creer en otros tiempos a observadores apresurados.

En un campo más predominantemente espiritual hay que recordar la conclusión del centenario de Santa Teresa, que ya ha tenido una gran repercusión en el interior de la comunidad cristiana, en todos sus niveles, desde los más especializados a los más populares, y hasta cierto eco en el resto de la sociedad, que está mirando con nueva simpatía a esta recia mujer, y que probablemente irá creciendo en importancia durante este año. Hay que recordar también el Año Santo Compostelano, que se celebra en el que estamos, pero con la novedad de una sociedad más pluralista, donde no puede contar con los respaldos oficiales con que el anterior régimen distinguió otros años santos, lo cual será un «test» para calibrar el grado de raigambre popular que hoy tiene en el catolicismo español la espiritualidad peregrina, y en concreto del viejo Patrón de España, aquel «Santiago Mata-Moros» que sin duda necesita, al menos, una adaptación y reinculturación popular más... ecuménica.

Es de esperar que las pequeñas comunidades cristianas o comunidades de base reciban, en general, un nuevo empujón y una mayor extensión al publicarse un documento de la Comisión Episcopal de Pastoral, con la anuencia de la Permanente del Episcopado, dirigido directamente a los vicarios de pastoral de cada diócesis, donde se reconoce la importancia preferencial que hoy debe tener entre nosotros esta realidad tan vital para un cristianismo activo, experiencial y comprometido.

Como signo más negativo veo que se mantiene, y hasta se acentúa, la actitud combativa de una parte de la Iglesia, en todos los niveles, que no se convirtió realmente al Concilio, aunque lo soportó de momento y escondió la cabeza, pero que ahora vuelve a reaparecer y está tomando posiciones, a veces importantes, en el colectivo eclesial, dando frenazos o echando marcha atrás. Es de temer que esto provoque nuevas tensiones y polémicas intraeclesiales, que ya estaban calmándose en los últimos años, porque todo el río al que el concilio abrió las compuertas no se podrá ni se deberá parar, aunque sí que encontrará más obstáculos, que lentificarán un poco la marcha y hasta hagan que se pierdan inútilmente algunas aguas...



CIENCIA Y PENSAMIENTO ANTE UN FUTURO INCIERTO

**José Luis Aranguren:
El futuro de la filosofía**

YO no soy muy pesimista respecto al futuro del pensamiento; y digo esto porque hay una opinión muy generalizada de un cierto desencanto —también aquí nos encontramos con el desencanto—, según la cual se piensa que se han defraudado nuestras esperanzas de que con el advenimiento de la democracia habría una especie de eclosión en la literatura en sus distintas formas, y también en el pensamiento. Y eso es cierto que no ha ocurrido, ni tampoco tenía por qué ocurrir necesariamente: que cuando se levanta una censura empiecen a aparecer cosas que estaban ahí guardadas y que los productores no se atrevían a publicar. No digo que una situación de dictadura favorezca el pensamiento, pero no lo reprime tanto como se podría pensar, porque es una especie de reto o de desafío, y entonces las gentes buscan formas diferentes de decir la verdad, según la expresión famosa del Bertolt Brecht. Por lo tanto, no había ese silencio tan grande, y por consiguiente no podía aparecer de repente lo que había estado reprimido hasta ese momento.

Yo encuentro relativamente normal que no haya ocurrido así, y no soy tan pesimista como otras personas. Lo que tal vez está ocurriendo ahora es que están proliferando muchos escritores y pequeños pensadores. No ha aparecido ningún nombre importante —en la literatura, tampoco— porque las personas importantes ya eran conocidas. El mismo Xavier Rubert de Ventós —para hablar de un catalán— o Javier Muguerza —para hablar de un castellano— ya eran muy conocidos antes de que desapareciera el régimen franquista. Es decir, tanto éstos como otros pensadores siguen siendo los mismos, pese a aparecer hoy como los pensadores jóvenes (aunque no lo sean tanto). Pienso que, aunque no hayan surgido figuras importantes muy jóvenes, sí están surgiendo bastantes autores, y está apareciendo también un interés bastante generalizado por la literatura de pensamiento, de forma similar a lo que sucede en la literatura. Me parece que son dos fenómenos bastante paralelos. Es de esperar que esto vaya

configurándose, y que entre esas personas haya una especie —la palabra es excesiva— de democratización de la expresión del pensamiento. Por ahora digamos que se mantiene a un nivel poco visible, y las figuras importantes son las ya conocidas. Pero yo tengo esperanza de que vayan afianzándose y destacando algunos de ellos.

En cuanto a las llamadas «escuelas» yo creo que hay una especie de diseminación del pensar: hay una enorme apertura entre los jóvenes para recibir influencias muy diversas. Y, así como antes «cada maestrillo tenía su librito», y «cada alumnillo tenía su maestrillo», ahora eso se ha acabado. Desde este punto de vista, a mí me gustaría presumir de que me he adelantado a la renuncia a la creación de cualquier escuela. Así como un Julián Marias ha tenido la voluntad —de la misma manera que él continuaba la escuela de Ortega y Gasset— de que hubiera otros (que no sé cuáles son, la verdad, y no los veo por ninguna parte) que continuaran su propia escuela, otros pensadores, como yo, no solamente no hemos tenido esa voluntad, sino que hemos tenido la contraria. Si hay personas que dicen que son discípulos nuestros, bien está; pero son unos discípulos muy «*sui generis*». Realmente lo son de una actitud. No lo son por haber aprendido un modo diferente de estar en el mundo del pensamiento, porque repitan nuestras enseñanzas, y ni siquiera porque las repitan aumentándolas o acrecentándolas. Y esta me parece que va a ser una tendencia muy generalizada.

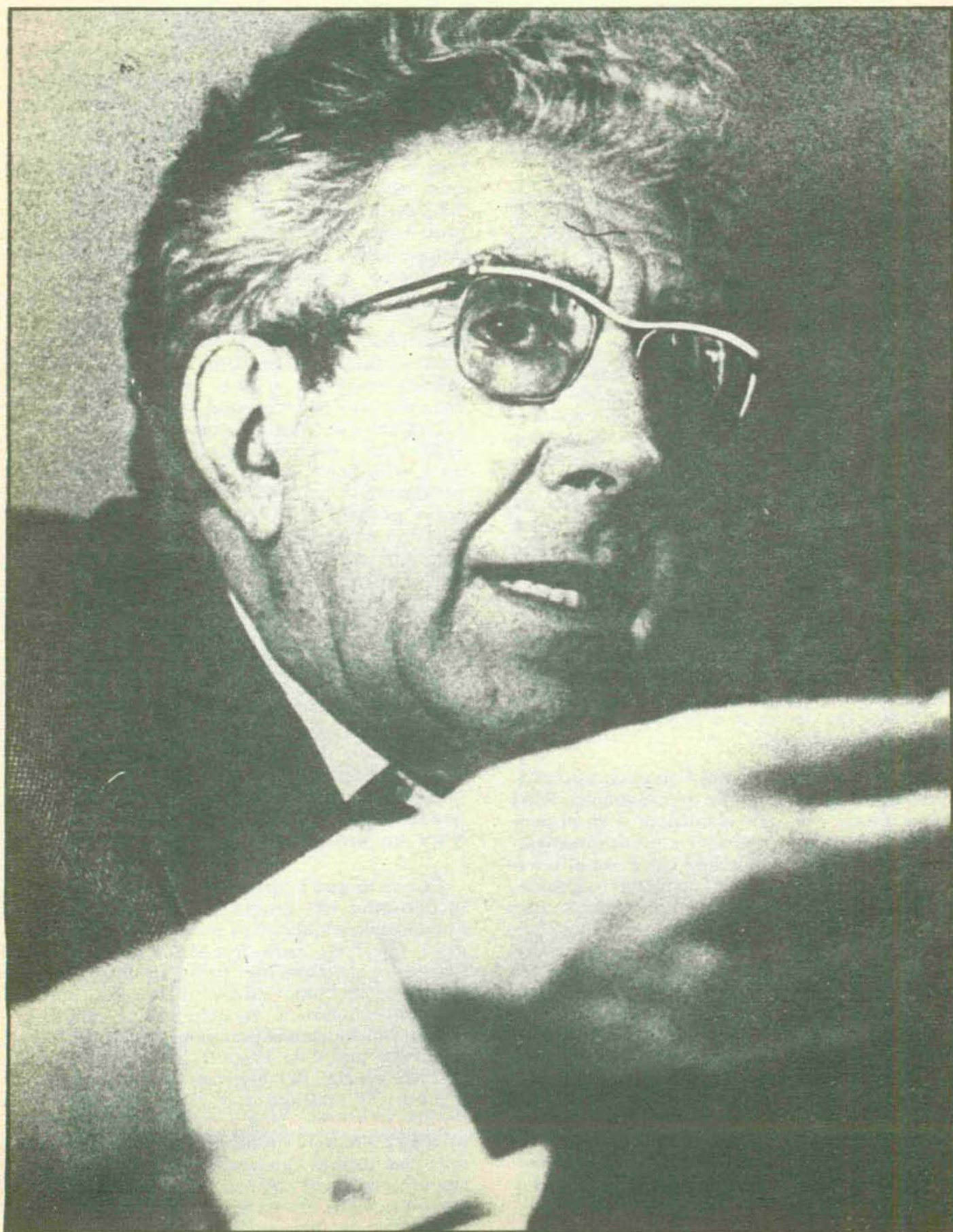
Creo que lo mismo pasará en un futuro próximo con las escuelas de pensamiento. Una buena muestra de ello se encuentra en el pensamiento marxista, que está muy desprestigiado. Sin embargo, lo que hoy existe en el mundo, con una importancia pequeña o grande, son marxistas absolutamente heterodoxos, que van por libre. Pero lo mismo pasa con cualquier otra etiqueta: hay un postestructuralismo, pero a quienes lo representan no se les puede agrupar en una escuela, ni continúan en una misma línea. Lo que esté ocurriendo —y puede seguir ocurriendo— es una especie de dispersión, que es a la vez apertura a otras escuelas de pensamiento. Es una situación distinta con respecto a la cerrazón anterior de las distintas escuelas. Todavía no hace muchos años cuando el malogrado Alfredo Deaño intentó trazar el panorama de la filosofía española, *pudo agrupar a las gentes en analíticos y dialécticos*. Pero eso ya no vale, y, sin embargo, no han pasado tantos años. Esta es la gran

novedad en lo que se refiere al pensamiento: que hay mucha más apertura.

Por otro lado, yo no creo que exista una desertización mental. Lo que ocurre es que el nivel de valoración que podemos hacer de lo que está surgiendo es todavía pequeño; pero en el campo del pensamiento ocurre algo similar a lo que pasa en otros campos. En especial en la Literatura, donde no se ha revelado ningún gran escritor, pero hay muchos, a quienes podemos llamar —sin que la palabra se interprete de forma peyorativa— pequeños escritores, que han surgido al amparo de un determinado premio. Y con el pensamiento creo que está ocurriendo lo mismo. Por ahora, y en mi opinión, el futuro del pensamiento está en los pequeños ensayistas, y en la gente que se mueve cada vez más en territorios fronterizos; entre la Literatura y la poesía —como Savater—, entre la filosofía y la ciencia, en el caso de otros, como Carlos Solís, etc. Yo no veo en un porvenir próximo que haya filósofos puros, entre otras cosas porque la Filosofía Pura está también bastante desacreditada. Me parece que lo que surgirán serán personas muy estimables, pero que se moverán en esos territorios intermedios entre la Filosofía y otras disciplinas o indisciplinas —porque lo que hace Savater es una indisciplina, más que una disciplina—. Y, por ahora, seguiremos copiando a los pensadores anglosajones y franceses: sin merma de lo que tengan de personal estos jóvenes —y no tan jóvenes— escritores, están muy pendientes del pensamiento extranjero, que ellos reemulsionan y presentan de una manera más o menos original, o aparentemente original. No creo que en años, y quizá incluso en decenios, aparezca un pensamiento original.

Eso es lo que ocurre en mi propio campo de la Filosofía: mi cátedra se llama de «Ética y Sociología»; es decir, ya en sí misma esa cátedra —que fue creada después de la guerra por razones estrictamente presupuestarias, para ahorrarse un catedrático— abarca dos campos del pensamiento. Y yo creo que se están haciendo muchas cosas precisamente en esa línea fronteriza entre la Ética y la Sociología que consiste en estudiar sistemas de moral vivida o vigente. Yo creo que éste es un buen ejemplo de que se va más bien a trabajar en una línea interdisciplinar en un futuro próximo. Aunque, de todas formas, un exceso de interdisciplinaria puede conducir al peligro del puro ensayismo, y hoy esa es una amenaza dentro del panorama del pensamiento español.

ENCUESTA



**Faustino Cordón:
Una nueva teoría para
el quehacer científico**

CREO que desde hace treinta, cuarenta o cincuenta años la Ciencia padece, mundialmente, una crisis de crecimiento. Se han acumulado los descubrimientos parciales; pero no se consigue la interpretación teórica. Es decir, el aparato teórico de que dispone la ciencia no es capaz de dar una visión integradora de los datos. Y, por tanto, a mí me parece que la ciencia esté en un momento malo, y que en un tiempo probablemente corto la ciencia va a elevarse a un sistema de problemas nuevo, y a conseguir un pensamiento más generalizador, más integrado que el existente. A mí me parece que estamos en los albores de una inflexión científica, que puede durar un siglo, en el que probablemente va a haber una remodelación radical de la Ciencia, de una importancia comparable al nacimiento de la ciencia experimental del siglo XVII.

Es decir, tal vez estemos en los albores de un período científico de una importancia comparable al paso de la vieja ciencia empírica, en la que ya había profesionales del conocer, pero que, en general, se limitaban a recoger la múltiple experiencia humana ganada en el trabajo—como, por ejemplo, hizo Agrícola con las recetas de metalurgia en *De re metallica*— o a observar, describir y clasificar los fenómenos naturales, los seres vivos (Linneo), etc. a la moderna ciencia experimental en la que conociendo ya lo homogéneo se procura interpretar teóricamente los hechos. Figuras señeras de este paso del empirismo a la ciencia experimental fueron Galileo y Copérnico, que organizó una enorme cantidad de observaciones, difícilmente compaginables, sobre los astros, y que resolvió, de una manera brillante, en la teoría del sistema heliocéntrico. Y de esta manera surgen las grandes ciencias experimentales modernas, de las que Galileo es una primera figura, porque sistematiza la mecánica. Otra figura fundamental es, por ejemplo, Newton, y luego después toda la enorme explosión de la química del siglo XIX. Todo esto supuso un salto de enorme trascendencia práctica.

Ahora bien, en nuestro tiempo, a la vez que la ciencia experimental organiza teóricamente

campos de conocimiento (el de los átomos, el de las moléculas, las células, etc.), ha ido desvinculando unos campos de otros. Por ello las ciencias experimentales modernas no pueden darnos una visión unificada de la realidad. Entonces, el hombre se pierde, tiene un conocimiento fragmentario de las cosas; la Ciencia está regida por el especialista, que cree saber mucho de un campo, pero que no es capaz de sacar conclusiones generales. Por eso el común de las gentes tiene una visión fragmentaria y no satisfactoria del Universo.

Ahora bien, creo que la Ciencia está en condiciones de conseguir una teorización general de las ciencias. Creo que está en trance de hacerlo. Sé que hay mucha gente que está tendiendo a ello en distintos sitios, en distintos campos; estas tendencias no son todavía muy firmes ni completas, pero por lo menos hay una gran insatisfacción en muchas cabezas respecto a ese estado de la Ciencia. Este estado de espíritu y la riqueza de lo conocido hace prever que el porvenir próximo de la Ciencia será brillante. Claro, la Ciencia tiene que dar cuenta del Universo, y tiene que salvar las soluciones de continuidad de campos especializados de la Física, la Química o la Biología.

Es decir, la Ciencia está en trance de elevarse a un nuevo sistema de preguntas. Por ejemplo, la Ciencia experimental ha conseguido conquistas imperecederas muy brillantes, como distinguir entre seres de distintos niveles: así ha distinguido los átomos, las moléculas, las células. Y dentro de cada nivel ha establecido leyes; ha relacionado moléculas con moléculas y las ha sometido a la teoría. Como contrapartida todo eso ha llevado fatalmente a la especialización a gente metida cada una dentro de su propio campo. Son gente que a veces tiene muchos conocimientos en un campo determinado, y, en cambio, una visión general pobre. Hay gente muy valiosa en un campo, que a veces resultan estúpidos en el pensamiento general. Este hecho revela que la Ciencia está enferma, que los árboles no dejan ver el bosque. Hay que elevarse a otro tipo de problemas, que exige un sistema teórico distinto, que se va abriendo paso penosamente. Por eso a mí me parece que estamos en un momento científico preñado de dificultad, y también de porvenir.



**Ignacio Sotelo:
Anquilosamiento y renovación
en las ciencias sociales**

CUÁL puede ser el futuro de las ciencias sociales? La pregunta es tan amplia y compleja que va a resultar difícil improvisar una respuesta en pocas palabras. Incluso si no referimos a un futuro cercano—más allá de una veintena de años, todo es de-

masiado borroso— parece imprescindible esbozar brevemente cuál ha sido el desarrollo de las ciencias sociales hasta el momento actual, con el fin de intentar detectar aquellos elementos que nos parecen van a perdurar o incluso crece en el futuro.

Lo primero que habría que decir es que las ciencias modernas surgen con la sociedad mercantil capitalista, con la aparición de la burguesía, y, dentro de ellas, las ciencias sociales son

las más tardías, de finales del XVIII, prácticamente a lo largo del XIX. En qué sentido y de qué modo las ciencias sociales, tal como se consolidan en la pasada centuria —la historia, la economía, la sociología, la antropología, la psicología—, o ya en la nuestra —la politología, las ciencias de la información, etc.—, están vinculadas a la sociedad capitalista es cuestión clave sobre la que ahora poco se puede decir, pero con la seguridad que en este punto el futuro ofrecerá bastantes sorpresas.

Algo nos podría ayudar en el afán de descifrar el porvenir si centramos nuestra atención en la ciencia o ciencias sociales que en el pasado se consideraron básicas, y nos preguntamos por su situación actual para ver lo que podría ser en el futuro. Tres han sido las ciencias fundamentales: historia, economía y sociología, y creo que con un predominio sucesivo en este orden. De las tres la menos problemática es, sin duda, la historia, que significativamente arranca del mundo antiguo, y aunque en su forma actual se constituya en el siglo XIX, sobrepasa claramente el marco de la sociedad burguesa. En cambio, la economía y la sociología están tan indisolublemente ligadas a la sociedad capitalista moderna que cualquier modificación en sus estructuras básicas tendrá enorme repercusión en sus métodos y contenidos. A la altura de nuestro tiempo resulta ya bien patente la crisis de la sociología como ciencia fundamental; para el inmediato futuro sólo cabe anunciar la de la economía.

La economía nace como modelo explicativo de la sociedad capitalista, como si se tratase de la sociedad sin más. La sociología como explicación de la «crisis» de la sociedad estamental —en Saint Simon o en Comte— con la intención manifiesta de ofrecer un plan operativo para la superación de la crisis. Pero la dificultad originaria de la economía y de la sociología consiste en que siendo modelos explicativos de la sociedad capitalista moderna, a la vez que de la crisis social que conlleva su desarrollo, no constituyen las únicas teorías explicativas de los mecanismos de funcionamiento de la moderna sociedad capitalista. Frente a la que hemos dado en llamar «economía clásica» y frente a la sociología positivista, ya en pleno siglo XIX, aparece con Marx un modelo teórico muy diferente, en sus supuestos metodológicos y en sus valoraciones implícitas, pero que también pretende dar cuenta de la sociedad capitalista y de su ulterior destino.

Desde el siglo XIX —y éste es un rasgo que se mantiene hasta nuestros días— tenemos, por lo menos, dos modelos teóricos de explicación

de la sociedad capitalista. Con ello la economía y, sobre todo, la sociología no sólo tienen que afirmarse frente a las críticas marxistas, sino que, a partir de sus propios supuestos, ha de constituirse como ciencia, es decir, ha de ir acercándose a las ciencias físico-naturales, que son el único modelo de ciencia reconocido. Lo grave es que desde principios de siglo, y cada vez de manera más clara, el modelo de ciencia físico-natural también entra en crisis, no sólo en lo que se refiere a su validez para las ciencias sociales —que siempre estuvo cuestionado—, sino incluso para las ciencias naturales. A más tardar desde los años sesenta existe un consenso mayoritario en que no existe, tal vez ni siquiera pueda existir, un paradigma definido y definitivo de ciencia. Nos encontramos hoy en una situación muy diferente de la del siglo XVIII cuando la burguesía toma conciencia de sí y Kant lleva a cabo un esfuerzo gigantesco por fundamentar un saber científico indiscutible. Lejos de poseer un modelo único e indiscutido de ciencia tenemos simplemente que dejar constancia de la multiplicidad de las ciencias y de la multiplicidad de sus fundamentaciones.

Esta situación representa, por lo pronto, un gran alivio para las ciencias sociales al verse libres de su viejo complejo de no constituir ciencias serias, por no encajar en el modelo de ciencia vigente. Y como, por otro lado, el segundo modelo decimonónico, el marxista, también se encuentra agotado —la crisis del marxismo en los años setenta es el segundo factor que hay que tener muy presente— cabe augurar en el futuro mucha mayor libertad a la hora de hacer ciencia social o intentar fundamentarla.

Desde la situación actual de las ciencias sociales, que se caracteriza por la doble crisis del positivismo, en su sentido más amplio, y del marxismo, en su pluralidad de corrientes, ¿qué pronósticos cabe hacer para el próximo futuro? En primer lugar quiero expresar mi confianza en que, si una guerra atómica no pone punto final a nuestra historia, pueda producirse un gran desarrollo de las ciencias sociales, tanto en sus soportes teóricos como en la acumulación de nuevos conocimientos. Las épocas de crisis, en las que se diluyen los paradigmas hasta entonces vigentes, suelen ser fructíferas para la creación intelectual y científica. Muy otro hubiera sido el pronóstico en los años cincuenta, en los que la «paz americana» parecía asegurar un gran porvenir a la ciencia económica y a la sociología que dictaban las universidades estadounidenses.

Al haber roto con los modelos decimonónicos, tanto el positivista como el marxista, nos encontramos ciertamente en un momento de general despiste —que puede durar más o menos tiempo—, pero que alberga también la posibilidad de crear nuevos paradigmas, así como el despliegue de nuevas ciencias sociales. Pienso que las ciencias sociales menos ligadas, en sus supuestos básicos, a la sociedad capitalista, como la antropología y la psicología, pueden adquirir la significación fundamental que antes correspondió a la economía y a la sociología. Por las mismas razones las ciencias sociales que se ocupan del hombre desde su base biológica, como la biosociología, o que consideran su entorno natural, como las ciencias ecológicas, pueden contribuir de manera decisiva a modificar la noción actual de ciencias humanas.

Por otro lado, como el grado de institucionalización de las ciencias sociales vigentes en el pasado es muy alto, así como son obvios los intereses sociales en que se sustentan, mientras dure la sociedad capitalista —y puede ir para largo— pervivirán la economía clásica y la sociología positivista, pero cada vez con menor voluntad de autojustificación teórica o de explicación general de la sociedad, y parcializándose en saberes cada vez más particulares. Ya no habrá economistas, sino especialistas en política monetaria, en medidas contra la inflación o el paro, así como la sociología seguirá descomponiéndose en una multitud de sociologías: sociología rural, urbana, de la juventud, del saber, de la familia, de la literatura, del derecho, etc., etc.; es decir, tantas sociologías como realidades sociales se quiera acotar.

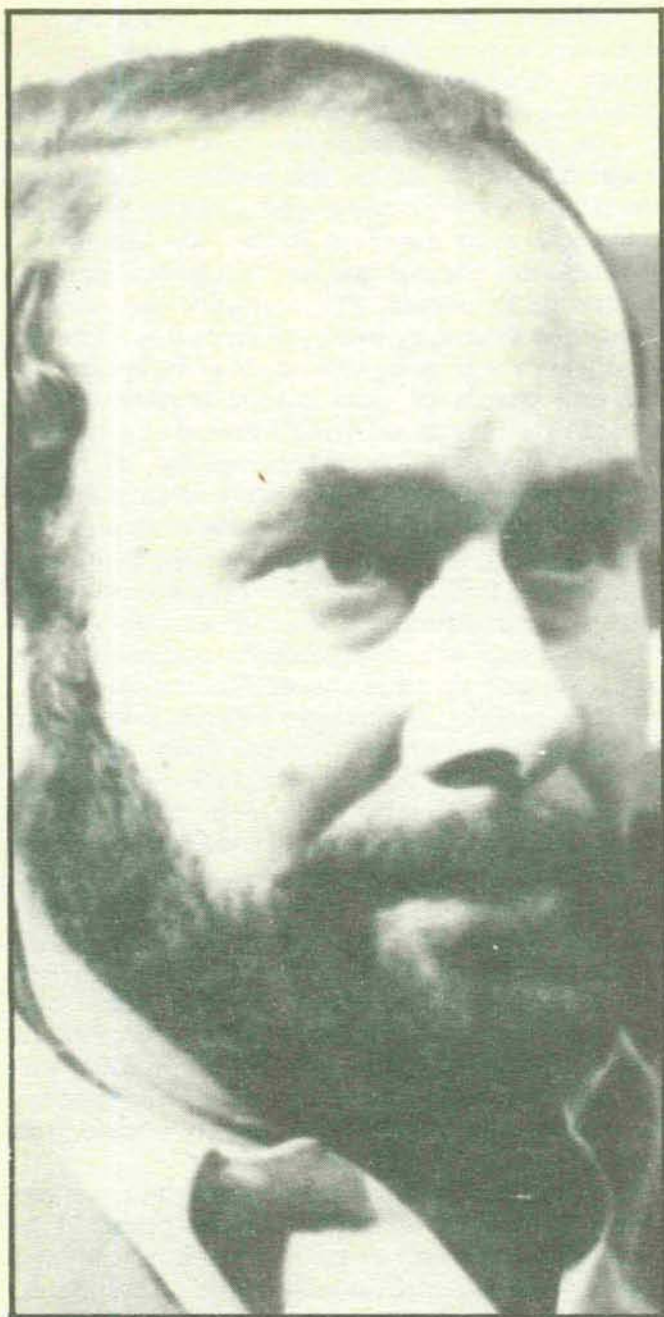
En resumen, me parece que dos tendencias van a enmarcar el próximo futuro. Por un lado, un renacimiento de las cuestiones filosóficas, en relación con la fundamentación y alcance práctico de las ciencias sociales, volviendo a nuestra consideración las cuestiones olvidadas de la «filosofía práctica». La «superación de la filosofía» que realizaron Marx y Comte, cada cual a su modo, ha quedado por completo obsoleta. Por otro lado, la perduración institucionalizada de las ciencias sociales decimonónicas, pero cada vez más fosilizadas y parcializadas.

Se pide, además, que concrete mi pronóstico para el ulterior desarrollo de las ciencias sociales en España. Bueno, habría que empezar por dilucidar cuál es la situación de las ciencias —y no sólo las sociales— en un país que no tiene tradición científica y que no ha logrado, al carecer de universidad, ir acortando la distancia que nos separa de los países pilotos; antes al contrario, esta distancia va en aumento y

no veo por ninguna parte un interés colectivo, lo bastante granado, para que puedan cambiar las tornas. En lo que se refiere a las ciencias sociales ha ocurrido algo grave: antes de lograr un equipo de investigadores que, al contar con un apoyo institucional, pudieran trabajar en serio, se ha pasado directamente a la «profesionalización», creando carreras de sociólogo, politólogo, psicólogo, etc., sin preguntarse si existe una demanda social para estas nuevas carreras, y, sobre todo, si contamos con un nivel científico suficiente para darles un contenido digno. En España hemos pasado de la nada a la profesionalización, que es otra forma de desembocar en la nada. En vez de hacer ciencia social repartimos títulos profesionales, y así llegamos a la actual paradoja de que no teniendo ciencia social nos sobran «profesionales».

En el fondo la profesionalización que se consiguió en las dos últimas décadas del franquismo no tenía otro objetivo que crear facultades y cátedras para asegurar el pan a determinados sectores académicos. Las dificultades en arrancar, y las aún mayores en consolidarse, se atribuyeron falsamente al carácter del régimen, pegado a ideologías premodernas, cuando fue precisamente el franquismo el que impulsó este falso camino de la «modernización», que consiste en imitar los resultados, sin tener en cuenta los condicionamientos previos. Si en América y en la Europa occidental se crearon multitud de carreras sociales —hoy somos conscientes de que, en muchos casos, fue un paso en falso— creamos nosotros también las nuestras. No faltaron tampoco los que erróneamente pensaron que, una vez libres de la camisa de fuerza del franquismo, se desharía sin más el nudo gordiano que estábamos atando: carencia de instituciones científicas dedicadas a la investigación, plétora de «profesionales» con una preparación retórica y universal que no les capacita para nada, y falta de demanda social para estos profesionales, incluso aunque tuvieran los más altos y mejores conocimientos.

El futuro de las ciencias sociales en España se reduce a saber si se logrará o no establecer un grupo de científicos sociales, con el ocio y la libertad suficientes, es decir, con un mínimo apoyo institucional, para empezar a hacer ciencia en serio, es decir, desde nuestro nivel y desde nuestras necesidades. Por mi parte pienso que la maraña de intereses profesionales creados en torno a las ciencias sociales hace hoy más difícil el que pueda surgir una ciencia social en España de lo que hubiera sido si el franquismo no hubiera dado el paso en falso de la profesionalización precipitada.



¿UNA CULTURA EN CRISIS?

José María Caballero Bonald:
La poesía: inútil, pero imprescindible

LA verdad es que yo no sé nada de eso del futuro de la poesía. Nunca me lo he planteado. El arte es largo; y además qué importa. Yo me dedico a la práctica y no a la teoría de la literatura, de modo que mal voy a poder adivinar el porvenir de la poesía,

cuando ni siquiera conozco bien su presente. Pienso, en todo caso, que la poesía ha atravesado siempre por periódicos tramos de amenazas externas. Le ha ocurrido lo mismo que a las personas. Desde los poemas homéricos hasta hoy mismo siempre parecía que estaba agonizando o que iba a morir de muerte natural ese loco empeñado en escribir poesía. O sea, un coñazo. Cada cambio de ciclo histórico ha llevado consigo el fermento de unas posibles exequias de la poesía. Sobre todo en Occidente. En la cultura oriental las cosas han ido por un camino mucho más sabio. Nuestros celadores culturales siempre han sufrido de algún síndrome de abstinencia. Es una opinión aventurada, claro, pero en poesía lo que no es aventura es oratoria.

Habrà que recordar, una vez más, a Platón, que no sólo pretendía desterrar a los poetas de la República ideal, sino que se permitía recordar que en un Estado verdaderamente justo no se podía admitir más poesía que los himnos a los dioses y los elogios a los hombres grandes. Más o menos, eso es lo que afirmaba en *La República*. Así de concreto. No puedo vaticinar si el hecho de que no le hicieran caso los gobernantes de la época fue una decisión afortunada o una calamidad. Para Platón ni siquiera los poemas homéricos podían ser tomados como ejemplo, y por ahí andan todavía en plan paradigmático. Creo, también, que la poesía ha estado siempre amenazada desde los poemas homéricos hasta nuestros días. La poesía, y la literatura en general, ha atravesado por épocas de crisis, de más o menos inseguridad en la permanencia de su carrera o de su corriente. Y me parece, incluso, que estas crisis son un estimulante para el desarrollo de la literatura en general, y de la poesía en particular. Es decir, soy partidario de esa crisis permanente.

Las crisis literarias son muy convenientes. Yo siempre creo que lo que más le conviene a la salud de la literatura es estar en una crisis permanente. Si no todo se contagia de aburrimientos, de desganas y demás sermones. De la guerra civil hasta hoy mismo ha habido un número indeterminado de crisis en el normal desarrollo de la poesía. Y hay otras esperando su turno. Eso está muy bien. No me refiero ya a las ingenuidades iconoclastas de los muy jóvenes, sino a ese prurito de salvar a la poesía de los tedios demasiado prolongados. Mientras exista alguien dotado de suficiente demencia habrá poesía. Uno piensa siempre —lo han pensado durante siglos y siglos— que la poesía ya ha recorrido todos los caminos posibles.

Desde Grecia y Roma hasta las últimas vanguardias parece que no ha quedado sin transitar ningún camino, incluso los anticaminos, que tampoco son ilimitados.

La poesía intensifica el valor de la realidad, es como un lenguaje extraño que descubre el porcentaje de misterio de la realidad. Y eso, con ser tan enfático, siempre tendrá un sentido. Todas las invenciones o alteraciones de procedimientos formales no modificarán ese sentido último de la poesía. Es algo que tiene mucho que ver con la magia o con las culturas diagonales de la superstición. O sea, que permanecerá más o menos vigente mientras permanezca vigente la capacidad del hombre para el irracionalismo. Lo más racional es, en este caso, lo menos imaginativo.

La poesía será siempre un arte minoritario, como cualquier otro arte de rango superior, y jamás se verá afectado por las mayorías, siempre distantes. Ningún medio de comunicación inventado o por inventar podrá nada contra un poema. Aunque ese poema termine siendo un ejercicio clandestino por parte de unos pocos. La gente cada vez va a gustar menos de un deleite artístico en soledad. Y la poesía para muchos es *La rosa del azafrán* o *La verbena de la Paloma*.

Si los años de hambre son abundantes en poetas a lo mejor resulta que la poesía va a ir a más a medida que gastemos las reservas naturales de alimentos. Un tema propio de la escuela alegórico-dantesca.

La poesía no sirve para nada; es decir, que resulta imprescindible.

Mi fe en el futuro de la poesía, si es que dispongo de esa fe, consiste en pensar que va a seguir existiendo como ahora, es decir, de precario. No olvido, en cualquier caso, lo que decía Gorki: «La estética es la ética del porvenir». Por ahí a lo mejor descubre algún filósofo autodidacto la indisolubilidad de la poesía dentro de la conducta moral del hombre.

Como se sabe de sobra, hay dos tipos esenciales de poesía, suponiendo que pueda dividirse en tipos. A saber: la poesía interiorizada, de hermética capacidad indagatoria en el material de la experiencia; y la poesía abierta, sin complicaciones sustanciales. La primera, claro, es para pocos, y la segunda para muchos. O sea, una poesía para poetas y especialistas, y otra poesía popular. Son dos vertientes absolutamente diferenciadas, que rara vez han coincidido más que en aspectos puramente métricos. No creo que a ninguna de ellas, con ser tan diferenciadas, se le pueda augurar un destino adverso. Hay gente para todo.

Hablando más en concreto, no veo unas condiciones especialmente idóneas para que de pronto aparezca una especie de adalid de la poesía, un personaje que absorba o que centre en su propia personalidad toda una escuela poética. Aparte de las ingenuidades iconoclastas de los muy jóvenes, que siempre tratan de oponerse a lo que han hecho sus inmediatos antecesores, pienso que no va a haber escuelas dentro de la poesía. Por ejemplo, ese culturalismo que está muy presente en la poesía de los jóvenes va a ir relegándose, y se intentará hacer una poesía de más amplia temática en el sentido de buscar un tema heroico. La incertidumbre del mundo contemporáneo, el hecho de que no sepamos lo que va a ocurrir mañana, también puede influir en el sentido de que ningún poeta va a intentar cambiar un rumbo ya establecido (yo creo que está establecido desde Juan Ramón Jiménez). En este sentido tampoco se pueden apreciar cambios sustanciales en la poesía que se ha hecho en España en el último medio siglo. Ha habido algunos poetas que se han apartado un poco de esa línea. Pero desde Juan Ramón Jiménez hasta la generación del 27, y con el salto de la generación del 36 (Luis Rosales, por ejemplo), el grupo de mi generación (la del 50) hasta nuestros días, la poesía ha establecido una pauta de conducta, que salvo raras excepciones, no se ha separado nunca de los modelos ya establecidos. Pienso que la poesía va a seguir por esa línea, que cualquier bifurcación demasiado ostensible va a ser artificiosa, y que todo va a continuar como está. No sé si eso es una decisión afortunada o una calamidad; pero, en todo caso, me parece que va a ser así.

Casi ningún político profesional ha prestado atención al poder subversivo de la poesía. Durante el franquismo se publicaron por aquí bastantes poemas antifranquistas que ni la lupa de los censores pudo apreciar. ¿Quién los apreciaba entonces? No, por supuesto, el pueblo, ni siquiera esa vanguardia obrera que constituía un hipotético foco de destinatarios. Se entendía el popularismo enteco y con barniz, pero no la ironía o los subterfugios de la poesía artísticamente válida. Ni la una ni la otra dejaron de tener una justificación histórica, cada una en su esfera. Pero ahí andan ya en manuales dando pruebas de su afán de permanencia. Y así hasta el infinito.

En todo caso el cambio de la dictadura a la democracia, o el arduo camino hacia la democracia por el que atravesamos, no sé si va a dar origen a una nueva coyuntura poética en el sentido estético. Pero me parece que el hecho

de escribir en libertad va a dar posibilidad a que la poesía abunde más, a que haya más poetas y a que haya más creación. Igual ocurre en la novela. Nadie pensó en serio que el hecho de la muerte de Franco iba a desencadenar una especie de avalancha de originales, guardados en cajones secretos, y que no habían podido publicarse. Eso nunca fue verdad, porque el poeta o el novelista que no podía publicar en España publicaba fuera, en Francia, en México o en Argentina. Creo que ahora esa teórica libertad de que se goza, y que el escritor siente interiormente —yo, por lo menos, la siento—, permite que haya como una amplitud del campo cultural. Es decir, hay más receptividad externa en torno a la literatura en general. Eso sí me parece que ha cambiado. Cuando ahora voy, por ejemplo, a un Instituto a hablar de mi obra, al contrario que antes, siento un recrudecimiento de la receptividad de la gente. Además, las tiradas de los libros son mayores —no en poesía, donde todo sigue funcionando con una tremenda precariedad y las tiradas son muy cortas—. Los lectores de poesía somos como una familia mal avenida pero, al fin y al cabo, una familia compuesta de unas 2.000 personas como máximo.

Por otro lado, no se puede predecir si van a existir nuevos grupos literarios porque es algo que no se puede apreciar más que con el paso de los años. Por eso creo que no se puede hablar de una escuela literaria, por lo menos hasta que pasen treinta años, en que han podido concurrir una serie de episodios que parecen dar pie para que se hable de una determinada escuela. Naturalmente, existen grupos poéticos. Yo me considero integrado —más por afinidades políticas o amistosas que por afinidades literarias— en el grupo poético llamado del 50: Barral, Gil de Biedma, Angel González, José Angel Valente, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, etc. Este grupo publicó sus primeros libros hace veinticinco años; y es ahora cuando se habla realmente de ese grupo, y ha pasado a los manuales como hito en el desarrollo lineal de toda la poesía de la posguerra. Pero creo muy difícil que se produzcan grupos muy concretos, entre otras cosas porque ha pasado ya el tiempo suficiente como para que hubiera surgido otro movimiento poético distinto al anterior. Porque lo que se llamó «Los Novísimos» —que ya no lo son tanto, porque algunos tienen hijos mayores, de la edad casi de «Los Novísimos»— no formaron un grupo coherente; eran más bien unas actitudes dispersas, con gran diferencia de tonalidad en la voz y en la dicción, pero que se reunieron allí de

una forma un tanto artificial, y que luego se dispersaron, y cada uno siguió trabajando por su cuenta. Por tanto, no veo que en una fecha inmediata vaya a surgir un grupo o una escuela diferenciada.

Sin embargo, he notado que en las provincias, y en especial en Andalucía —donde siempre ha habido poetas estimables, y donde el censo de los poetas andaluces ha formado una nutrida representación dentro de toda la poesía del siglo XX, desde Juan Ramón Jiménez hasta Cernuda, y aún después—, existen una serie de nombres nuevos, muy activos, que se agrupan siempre en torno a dos o tres revistas literarias de cierto interés, sobre todo en Granada y en Sevilla (que yo sepa, porque a lo mejor hay otros en otras provincias españolas que yo desconozco), y que forman un grupo en torno a las Cátedras de Literatura de Granada y de Sevilla. Allí acude mucha gente a las lecturas y a las conferencias en torno a la poesía y a la novela. Esto me satisface, porque pienso que lo que antes no existía en la Universidad, o sólo se hacía de forma casi clandestina, ahora está comenzando a tener una gran importancia, y puede dar lugar a una serie de hechos relevantes para un próximo futuro, en especial respecto a la divulgación y a la difusión de la poesía.

En un terreno más general creo que poco a poco se irán integrando los géneros, imbricados unos en otros, como ya lo están en cierta manera y en los mejores casos. La poesía se filtrará en las más recónditas zonas de la novela y al revés, o en cualquier manifestación de lo que se entiende por literatura de creación. Se eliminarán las barreras convencionales de la literatura. No sé si así la poesía se habrá fortalecido o no, pero será más difícil que se puedan aislar sus gérmenes para acabar con ellos. A lo mejor dentro de un siglo aparece otro Platón, más gastado por el uso, dispuesto a todo.

Me imagino, tengo la dudosa sospecha de que con el siglo XXI se intentará, o intentará algún incógnito paladín, volver a los cauces ya más que transitados de la poesía heroica. La nueva Iliada, qué tentación. El mito del reingreso en la matriz. Personalmente detesto esas imagerías poéticas con sabor a guardarropa, pero quizá cuando acabe el siglo, si vivo todavía, piense que de verdad soy un anciano por el simple hecho de no participar en esa nueva épica. Tendré que prepararme desde ahora. En poesía seguirá siendo estéril, transitorio, todo lo que no se engendre juvenilmente por libre. Eso sí que no tiene futuro. La vigencia poética se medirá siempre por el tiempo que hace que no murió.



Antonio Gala: Crisis del teatro y crisis de la sociedad

Yo distinguiría, en primer lugar, un campo interior del teatro: es decir, el teatro en sí mismo considerado, o como género literario específico, o como género literario transformado en espectáculo propiamente dicho; o sea, el texto literario que luego se transforma en pre-texto, puesto que ya se utiliza para hacer el escenario y poner en pie la obra. Y, por otra parte, el campo exterior que rodea a ese teatro interior del que hablábamos al principio, que sería ya una forma sociológica de plantearse el futuro del teatro; sería ese entorno social que rodea al teatro.

Creo que, en efecto, en este momento se puede hablar de crisis de teatro. Y se puede hablar, primero, porque el teatro no es un fenómeno exógeno; el teatro forma parte de una sociedad, y esa misma sociedad está en crisis. Está en crisis el concepto, por supuesto, de la familia, del individuo, de la pareja, de la inversión, de los espectáculos, de la paz, etc. Entonces, el teatro forma parte de esas crisis, es una crisis más. Pero, además, creo que el teatro padece ahora una crisis esencial, íntima. Yo siempre suelo aclarar que la palabra crisis se refiere a algo que no puede durar mucho tiempo. Es como la oposición al régimen de Franco: una oposición que dura cuarenta años es demasiado, eso es una resignación, no una oposición. Por eso me parece que la crisis es un momento peligroso que puede resolverse en un sentido o en otro. Nadie vive toda la vida con pulmonía, la gente se muere o se cura; nadie es toda la vida novio de una chica, la gente se casa con esa chica o la deja.

Creo que puede hablarse de un cierto temblor del teatro. A mí me preocupa, sobre todo como autor, aunque sé que hay también ese temblor en los demás campos, porque el teatro no es sólo el autor, sino los colaboradores del teatro; pero los colegas o compañeros más próximos a mí son los autores. Me parece que en este momento, y en el futuro, en un futuro bastante inmediato —yo no soy futurólogo, soy simplemente reflexivo—, los jóvenes escritores sólo se van a sentir llamados hacia el teatro por tres razones: el éxito, que, en efecto, en el teatro sí existe, es más inmediato, aunque también más lábil y menos fácil de conservar que

en otros géneros literarios; el dinero, que también es más inmediato, si existe ese éxito; o la imprescindible necesidad de expresarse a través de ese género literario específico. El teatro, en este momento, no está encantador, ni atractivo. Y, por tanto, las dos primeras razones que podrían tener los jóvenes para acercarse a él, tanto el éxito como el dinero, no existen o, por lo menos, están extraordinariamente dificultadas. Por tanto, sólo se acercarán a él los verdaderamente llamados, los que sean «Robinsones Crusoes» del teatro, que buscan la huella de un pie humano en la arena, y esa huella sólo la pueden poner la asistencia del público y la propia satisfacción de expresarse. En todo caso, esos serán los únicos que le hagan bien al teatro. Los que se acercan a él por el éxito o por el dinero son superficiales, y lo mismo que entran podrían haber salido.

Sin embargo, esta es una situación grave porque hay muy pocos autores de teatro. La autoría en teatro yo sé que es trascendental. Sé que quizá otras formas de teatro existentes —de teatro colectivo, o de teatro independiente, o de teatro en que se hace a través de agrupaciones, de una idea puesta en marcha, tal como se crea hoy el cine— no son sino la consecuencia de que no existen autores. Me parece que no son reacciones que surgen alegremente y por generación espontánea, sino como una consecuencia —triste consecuencia— de que no haya un suficiente número de autores de interés. Y me parece que ese es el peligro más grave que en este momento corre el teatro, porque creo que si hubiese autores que dijeran, y dijeran bien lo que el público espera oír del teatro, no existiría esa crisis. Por otra parte, no creo nunca que el teatro vaya por delante de la vida: el teatro no corrige los gestos de la vida, sino que va detrás de ella. El campo del teatro no es el quirófano, sino el ojo clínico; el teatro no es un cirujano, es un médico; el teatro maneja el diagnóstico, no los bisturíes ni las heridas, que están, probablemente, en manos de los políticos.

Entonces, ese es otro punto difícil en el teatro del futuro. El teatro es un hecho social y cultural, no es un hecho estatal. Si la sociedad, que es la que verdaderamente tendría que ser espectadora, se despega del teatro, y si el Estado tiene que intervenir para animar a que la sociedad vaya al teatro, mala cosa. Por eso me opongo siempre a la política de subvenciones. Me parece que las mejores subvenciones para el futuro serían aquellas que se gastaran en enseñar a amar el teatro a los niños desde el principio. Y así, dentro de veinticinco años, el tea-

tro no necesitaría ninguna subvención, porque tendría sus propios amantes, y sería la «hermosa mantenida» otra vez, que es lo que debió ser siempre.

En cuanto a las nuevas formas de teatro yo las admito todas. Me parece que el teatro es todo. Pero lo que sucede es que, en mi caso, yo no puedo ser juez y parte al mismo tiempo. Creo que soy parcial, pero mi opinión es ésta. Creo que el teatro debe tener siempre un texto que lo sostenga. Por otra parte, en estos momentos los teatros independientes no están haciendo el teatro que verdaderamente deberían hacer. Parece que aquellos grupos de teatro independiente, desde el momento en que perdieron su ímpetu, su garbo y su agudeza. Y me parece que los teatros independientes —salvo maravillosas excepciones están haciendo teatro comercial, y teatro comercial malo. Y eso es sumamente peligroso.

Para ayudar al teatro es necesario que pongamos verdaderamente en práctica esa frase enamoradora: «El teatro no es una profesión, el teatro es una patria». En la crisis del teatro incide esa crisis —la mayor de todas— de desamor que hay en toda la sociedad actual. La gente del teatro, que ha sido la que más tiempo y más ha gustado de su profesión, sigue siendo un poco el modelo de profesional y de trabajador amante, pero cada vez menos. No todos los actores, no todos los técnicos, no todos los directores aman de verdad lo que están haciendo. Quizá persiguen una serie de vanidades personales, y el teatro es una clarísima labor de equipo. En el momento en que el director, o el autor, o un divo sobresalgan, quizá puedan favorecer temporalmente al productor, pero a la larga yo creo que no lo favorecen, porque me parece que o el teatro es un hecho colectivo y un arte de participación, o el teatro no es, ni será, apenas nada.

Sin embargo, en teatro ya no puede estar en contra de nada, porque no sabemos qué es lo que verdaderamente puede acarrear la salvación, si es que el teatro está en la agonía. Entonces, todos los medicamentos que se le pongan a un teatro, todos los cambios de postura, serán bienvenidos. Yo soy, quizá, la persona menos oportuna para atacar al divo, puesto que mis últimas comedias han sido muy de diva. Y me parece que yo no soy una persona que pueda hablar como con una asepsia especial, porque mi teatro sí tiene éxito. Y tengo un público de lectores, y un público de espectadores, y sería un mal nacido si en este momento no lo reconociera. Pero sé también que una golondrina no hace verano. Sé, por otra parte,

ENCUESTA

que yo no soy un hombre de teatro, que no tengo una gran salud —porque me parece que la salud para ser hombre de teatro tiene que ser de caballo, aparte de tener también una voluntad muy grande—. Entonces, yo cultivo todos los géneros literarios. De repente he estado cinco años sin escribir teatro antes de *Petra Regalada*, y luego he escrito tres comedias; y de repente puede que vuelva a dejar de escribir teatro, y el teatro no puede, de ninguna manera, echarme en falta. Creo que el teatro tendría que estar suficientemente preparado para que no se notara mi ausencia. Y si se nota mi ausencia mala cosa, porque es poca ausencia, y eso quiere decir que somos demasiado pocos los que estamos en el campo y nos hacemos espadaña.

Por otra parte, ha habido un cambio en teatro. En política y en todo lo demás quizá haya habido un continuismo, una rectificación; pero en teatro ha habido una ruptura. Cuando yo me separé del teatro, en 1975, es porque el teatro realmente estaba invadido de lo que yo detestaba, de un sarampión del que yo no tenía gana de verme contagiado: de los destapes, los líos, los culos al aire, las procacidades. Me parecía que estaba bien, y que era un experimento que a nuestro público lo iba a preparar en un terreno en el que no estaba preparado. La censura —en contra de su propia voluntad— nos dejó un público muy extraño, porque nos dejó un público acostumbrado a oír más de lo que se decía, a entender subtextos, porque él sabía que nosotros teníamos que estar hablándole entre dientes. Y entonces entendía, tenía un refinamiento y una percepción muy aguda; estaba bien preparado para hablarle. Por otra parte, la época del destape nos dejó un público que ya no se sorprendía de los tacos en escena, pero se sorprendía de las desnudeces en escena. Luego, en principio, tendríamos un público preparado. Y, entonces, ¿qué ha sucedido? Porque el teatro está en manos de sus espectadores. Sin auditorio no hay teatro. Sin oído que nos oiga, y sin eco, no hay voz. Sin unos ojos en los que nosotros podamos mirarnos no merece la pena que nosotros miremos. Entonces, creo que la responsabilidad más grave del teatro, de su continuidad y de su futuro está en la sociedad. Es ella la que tiene que amar su teatro, elegir su propio teatro, y sus innumerables maneras de teatro (porque «en la casa del Padre —como dice el Evangelio— hay muchísimas moradas»). Y mantenerlo, porque creo que todo es un fenómeno de amor. Si de verdad la sociedad no quiere ser espectadora, y no quiere ver teatro, ni subvenciones, ni autores,

ni actores, ni técnicos, ni importaciones de nombres extranjeros podrán animarla.

Sería ya más grave si en ello influyeran las nuevas técnicas audiovisuales. Sería extraordinariamente grave pensarlo. No hace ni dos días que se me pidió permiso para grabar en vídeo *Petra Regalada*; entonces se quedaría ahí, grabada, a disposición de cualquier persona que quisiera verla en un momento determinado. Sin embargo, en las sociedades en que ha sucedido esto, hay ya en estos momentos una especie de reacción, de retroceso hacia eso que es impalpable, y que decimos muchas veces, y lo hemos convertido en tópico —pero que es verdad, porque ningún tópico se convierte en tópico sino porque es una verdad repetida—, que es el estremecimiento del actor cada vez que está haciendo una representación. La verdad exacta, la lágrima, la sonrisa, el parpadeo, la vibración, el posible descuido, el olvido, la situación, esa especie de pequeño misterio cotidiano, real, de poner el teatro entero en la vida, y la vida entera en el teatro. Se vuelve hacia ello.

Es decir, me parece que va a pasar lo mismo que sucedió con el cine y la TV, que en un principio eran enemigos irreconciliables, y en este momento están haciendo las paces, y ya parece que la TVE le dedica un espacio al cine. Pero hemos de reconocer que la TV no le ha hecho ningún favor al teatro en ese sentido. Ella ha querido hacer teatro, pero el lenguaje de la TV no es el del teatro, y no ha salido bien, porque en el teatro se da la casualidad de que los primeros planos no son absolutamente importantes. El teatro es más ambiguo. Entonces, unos ojos que llenen una pantalla no siempre son la mejor manera de expresarse, porque esos ojos que miran la pantalla en ese momento nos están impidiendo ver los ojos del resto de los actores que están escuchando a quien habla. Y toda la comedia está hecha sobre la base de que alguien habla, y de que alguien esté escuchando. Y lo que éste dice —aparte de en los espectadores— está influyendo también en el resto del reparto. Entonces, creo que eso no se podrá sustituir nunca. Salvo que el teatro se convierta en un lujo de coleccionista —como sucedió en la cerámica, en la que se fabricaron objetos admirables que el pueblo usaba para comer, beber y desbeber, y los tenía completamente incorporados a la vida. Ahora la cerámica es prácticamente un lujo de coleccionistas. Ahora se usan el duralex y el plástico. Son más duraderos; quizá son más limpios. Pero yo todavía no estoy dispuesto a aceptar esa triste evidencia.



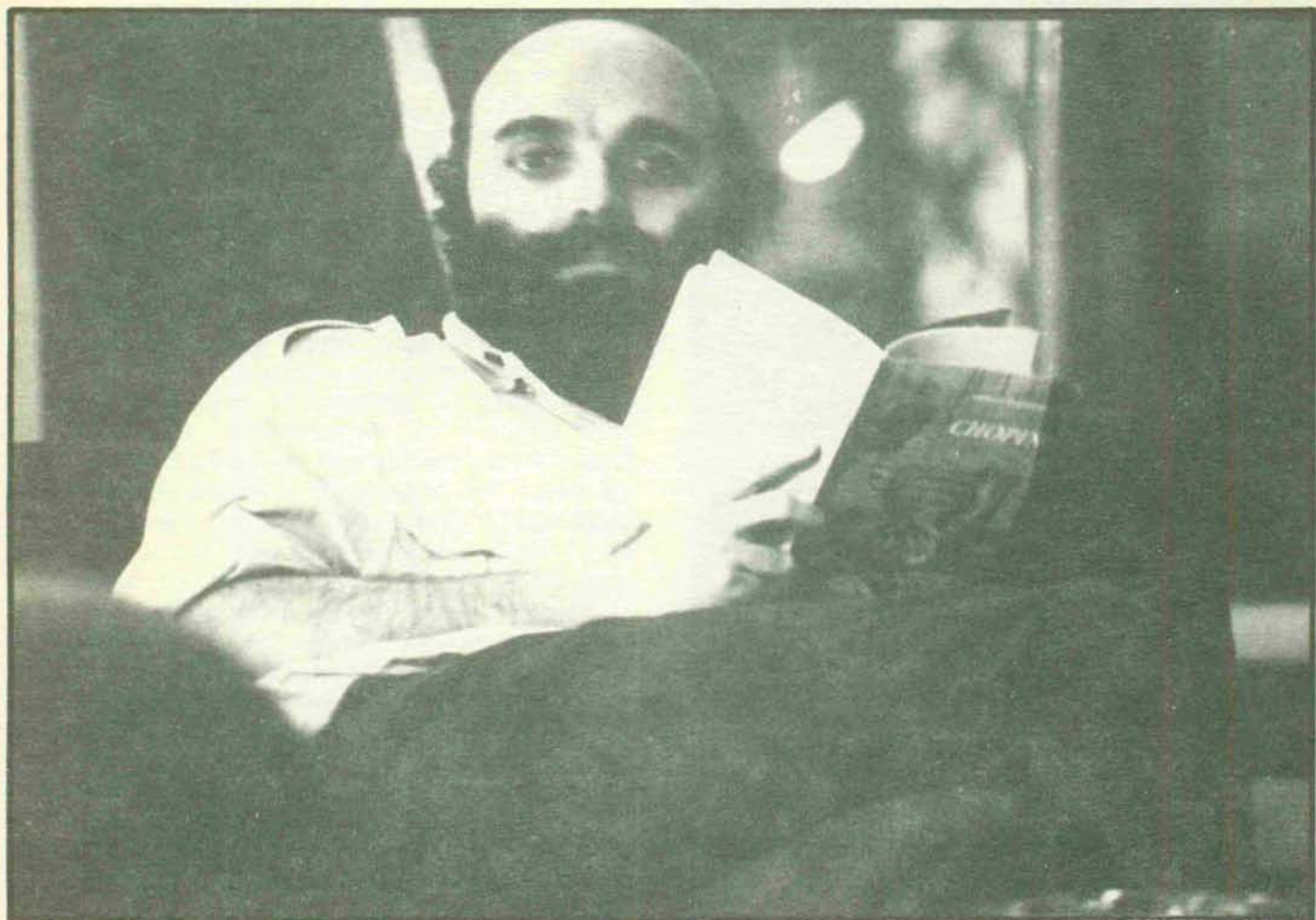
**Manuel Gutiérrez Aragón:
¿Cambia el cine o cambia
el espectador?**

SÉ que hay ahora una gran polémica sobre si el futuro del cine se ve amenazado por las nuevas técnicas audiovisuales, y en especial por el vídeo. La verdad es que estas técnicas no van a afectar demasiado a la producción del cine, o, por lo menos, al lenguaje del cine, se haga en vídeo o en una pantalla normal. Lo que es el lenguaje o la manera de hacer cine, e incluso la producción de cine, no se va a ver muy afectada por eso. Lo que pasa es que las nuevas técnicas han saltado a los periódicos; las nuevas técnicas son objeto de debate y de controversia, y entonces parece como si hubiera un cine anterior al vídeo, y un

cine posterior al vídeo. Pero la verdad es que el gran cambio, por lo menos en el lenguaje del cine, se produjo en el paso del mudo al sonoro. Y yo pienso que desde hace unos cuarenta años el cine no ha cambiado sustancialmente en la manera de producirse y de comunicarse con el público.

En mi opinión, lo que va a cambiar, y está cambiando mucho, no va a ser la manera de producir cine, sino los hábitos del espectador. O sea, que en el futuro, si la pregunta es de futurología sensata, opino que las maneras de hacer cine no van a cambiar, ni en cuanto al lenguaje ni en cuanto a la producción, fundamentalmente en los próximos diez años. Lo que sí va a cambiar son los hábitos de ver cine. Es decir, los hábitos de ir a una sala con más personas, o el consumo del cine como algo masivo —o, si queremos llamarlo así, social—, lo que tiene de salida a la calle, de darse una vuelta, de hacer vida de sociedad con personas conocidas o desconocidas, eso es lo que más va a cambiar en los próximos años. Se va a consumir muchísimo más —y de hecho se está consumiendo ya— técnica narrativa en el televisor o con el vídeo de propiedad individual. Pero la manera de hacer cine no creo que vaya a cambiar en los próximos años; cada vez se ve más cine incluso que en los años cuarenta, cuando si iba al cine dos o tres veces por semana. El problema es quién hace esas películas.

Concretándome más al cine español, la verdad es que, como el país, es un barco a la deriva, y por eso es muy difícil hacer conjeturas. Porque si no sabemos qué va a pasar en este país en los próximos diez años (si es que vivimos para entonces), con el cine pasa lo mismo. Por tanto, yo no me atrevería a hacer ninguna conjetura sobre el futuro del cine español. Sólo puedo decir que, aunque el cine se ha encarecido muchísimo, cada vez hay más grupos de amigos, que se agrupan con el curioso nombre de cooperativas, y que se dedican a hacer cine en 16 mm, sobre todo porque sale muchísimo más barato que el cine normal, y permite que haya más gente que se exprese en este medio. Es decir, surgirán muchísimos autores de cine, pero lo que yo no sé es si va a ser como antes, que había grandes figuras y eran conocidas por todo el mundo. Pienso que el futuro del cine no es muy predecible; habría que predecir de semana en semana, porque cambia todo. Desde hace dos años me parece que hemos tenido tres directores generales de cine distintos, con su particular modo de ver el problema del cine, y eso ya explica los cambios imprevisibles que pueden darse en un tema como éste.



Luis de Pablo: Tareas urgentes y futuro de la música

EL futuro de la música es distinto en cada país. En líneas generales, a mí me parece terriblemente aventurado hablar de la música en general; se puede hacer —si se quiere— arte-ficción. Pero yo veo que, fundamentalmente, el problema de la música estriba en un progresivo —y seguramente fulminante— interconocimiento de las distintas tradiciones musicales. Y hablar de interconocimiento no es ningún neologismo pedante: es simplemente que cada vez estaremos más al tanto de las tradiciones musicales existentes en el mundo —eso ya es un hecho en ciertos países, y al nuestro va a llegar muy pronto—, que va a incidir de forma incalculable en la música que se haga. Cada vez vamos a conocer mejor la historia de nuestras propias tradiciones; no solamente el presente, sino también el pasado, incluso lejano. Ciertos medios técnicos van a incidir igualmente de una forma incalculable,

tanto en la enseñanza como en la producción de la música —en especial el ordenado—, y el fenómeno sonoro se va a extender todavía más.

Esto puede no ser positivo, porque no se ha oído nunca tanta música como en el momento presente, y nunca se ha oído peor. Porque normalmente la música, para un porcentaje altísimo de gente, o es una válvula de escape para no pensar, o es un sonido de fondo al que no se presta atención, sino que nos impide la relación con los demás, o está ahí para que no nos relacionemos con los demás. Yo creo que en ambos casos esta dimensión es negativa, y esto puede tomar un mal giro (aunque yo prefiero pensar que va a tomar un buen giro).

Por otra parte, y refiriéndose a la situación en nuestro país, yo pienso que la tarea más urgente que tenemos es doble. En primer lugar, que la música forme parte de la vida cultural usual. Porque la música es un arte que no forma parte de la formación general del intelectual medio; y a su vez —se puede volver la oración por pasiva—, en líneas generales el músico tampoco forma parte de lo que es una tarea

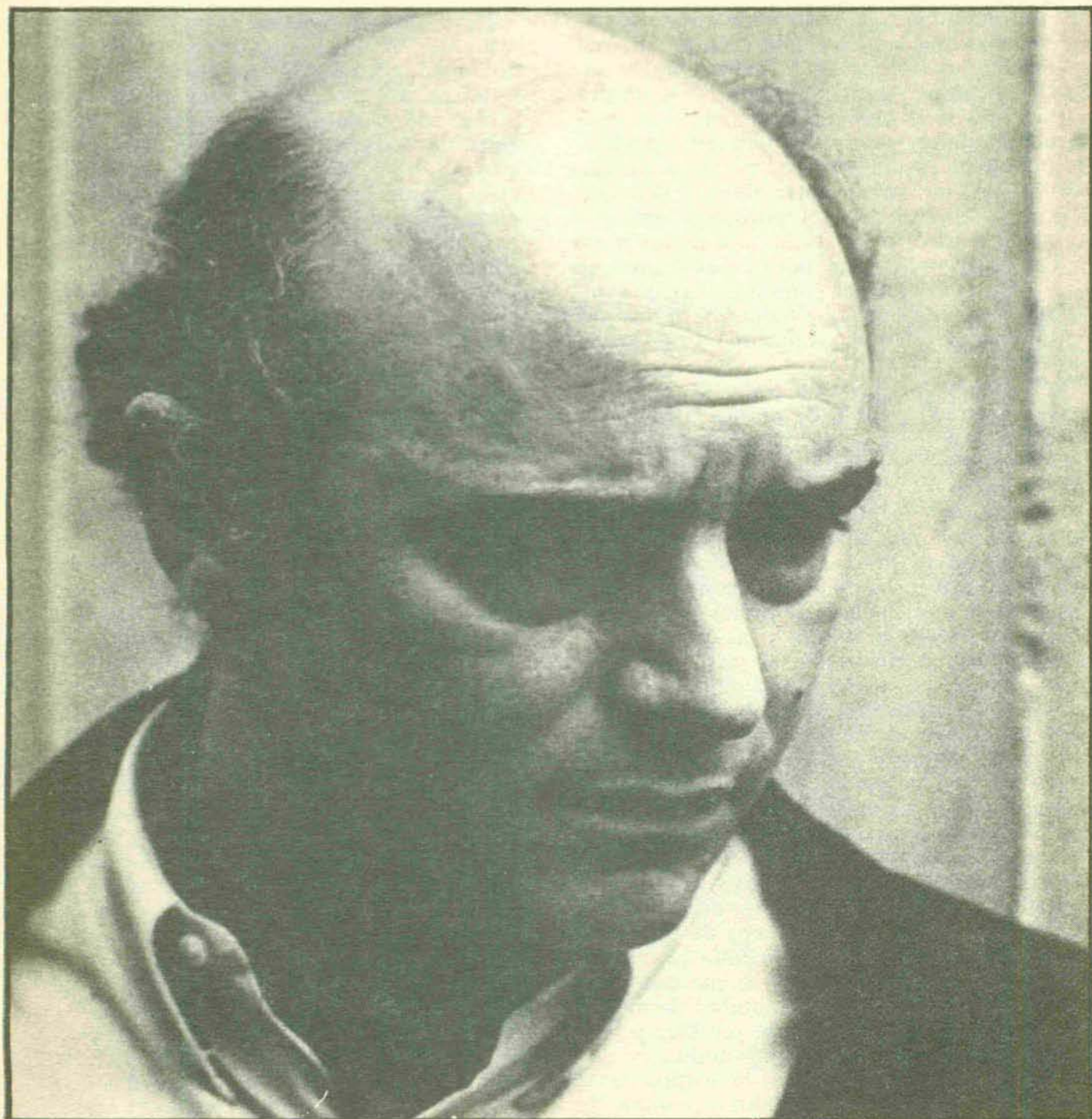
cultural en nuestro país. Es muy frecuente entre nosotros que un excelente escritor, que un magnífico pintor, que un filósofo, que un periodista o un pensador, al hablar de la música te diga que de eso no entiende nada; y se queda tan contento, y no le da vergüenza decirlo. Ese divorcio es monstruoso, no tiene ningún sentido. No me voy a meter ahora a dilucidar el porqué de esta situación, porque se convertiría en un ensayo para el que a lo mejor ni siquiera estoy preparado; pero es evidente que es así. Este es el primer punto que hay que solventar, y es un punto que tiene que resolverse por ambas partes: por los músicos y por los no músicos.

Por otro lado, hay que tratar de llevar la mayor cantidad posible de música a la mayor cantidad posible de gente, y esto tiene que hacerse con criterios culturales, no sólo con criterios económicos. No estoy en contra de los criterios económicos, porque sé que hay un mundo capitalista (no soy tan idiota que no me dé cuenta de ello). Pero quisiera pensar que no solamente privan los intereses económicos, los intereses de ciertas casas de discos, sobre todo residentes en el extranjero, y las que aquí nos imponen un repertorio son sus sucursales. Quisiera pensar que también hay unos dirigentes responsables de la vida musical que llevan una política coherente y saben lo que se traen entre manos. Ya sé que lo que estoy diciendo no suele ser así, por desgracia, pero quisiera pensar que a lo mejor algún día lo es; quisiera pensar que poco a poco va a haber una clase dirigente que tenga más medios para llevar a cabo una política cultural, porque muchas veces los dirigentes no tienen medios para hacerla. Que esa clase dirigente se prepare y sepa de qué va el problema musical, que hacen falta posibilidades de escuchar música en vivo, que hace falta llevar —repito— la mayor cantidad de música a la mayor cantidad de gente posible, y convencerse de que es un bien para todos, de que no es un lujo. Terminar con la sorprendente situación —no digo escandalosa, aunque lo sea, sino sólo sorprendente para quitar hierro al asunto— de que en España las partituras, los pianos, etc., pagan impuesto de lujo, que es algo demencial, porque la gente que compra ese tipo de cosas no lo hace como lujo, sino como profesión. En una palabra, variar la óptica con arreglo a la cual, en general, los organismos directivos de nuestro país han visto —sobre todo en un pasado, por fortuna no tan reciente— y continúan viendo —muchas veces por falta de medios, y otras por falta de preparación— el problema de lo musical.

Estos dos problemas, entre otros, son muy evidentes. Y no es algo que se pueda resolver de inmediato. Es más fácil llevar la mayor cantidad posible de música a la mayor cantidad posible de gente que no resolver el encuentro entre intelectuales y músicos, o entre artistas y músicos. Porque, respecto a lo segundo, obra en su contra una tradición muy larga; y, sin embargo, me parece que convencer a los responsables de la necesidad de llevar una política cultural no es excesivamente difícil.

Yo no estoy hablando sólo con un espíritu pedagógico, sino con un propósito informativo mucho más general crear algo así como el goce de la música, que es tan raro entre nosotros. En una palabra: disfrutar escuchando desde los *Cuartetos* de Beethoven hasta el Canto Gregoriano, pasando por la música de Bali, y terminando por la música electrónica de hoy. Se piensa que una política cuartetística —digámoslo así, aunque suene un poco extraño— es cara; pero, por favor, no es cara. Lo que hace falta es que los directivos y los responsables de este asunto comprendan alguna vez que tienen más valor formativo los *Cuartetos* de Beethoven o la música electroacústica que no un muchacho —que puede ser todo lo respetable que se quiera, y que tiene también su lugar, pero que no es el único como Greta Garbo; que hay más cosas, y que a lo mejor son más importantes. Y esto no tiene nada que ver con la izquierda o con la derecha, y yo hablo con la voz de mi experiencia personal. Yo he podido hacer trabajos de difusión cultural musical en Suecia, pero no aquí. Muchísimos centros culturales de nuestro país no tienen los medios para hacer posible esta difusión de la música, y yo me doy perfecta cuenta de ello. Hay que resolver esta situación.

Pese a todo, soy optimista respecto al futuro de la música porque me parece que una situación que tiende a tener mayor fuerza cada vez no puede silenciarse indefinidamente. Por algún lado saldrá. Ahora es muy posible que a lo mejor yo no lo vea, porque tengo 51 años, dentro de pocos días tendré 52, y el tiempo no pasa en balde. O hay otra eventualidad —no sería la primera vez en la historia que sucede algo semejante—, y es que un país haga abdicación de su capacidad rectora, y se entregue con armas y bagajes a las potencias más poderosas de ese momento. Eso ha pasado, y puede pasar en nuestro caso. No me gustaría nada que sucediera esto, porque hay bastantes satélites de demasiadas cosas para que encima sea así en este terreno. Pero todo puede ser posible.



**Antonio Saura:
Nuevos modos de expresión
en las artes plásticas**

EN el transcurso del siglo XX hemos asistido a un desencadenamiento de tendencias contradictorias —de «ismos», entre comillas— que han marcado profundamente el arte de nuestros días, y que se

han desarrollado en períodos de tiempo más o menos largos. Sin embargo, a partir de la Guerra Mundial todo este proceso de desarrollo de los «ismos» se ha acentuado. Es decir, que aquello que prácticamente se producía a una proporción numérica o aritmética se ha desarrollado como una proporción geométrica y, por ello, los «ismos» duran mucho menos que antes, lo cual provoca un enorme caos, una especie de inmadurez, de dificultad de desarro-

llo, que hace que muchos artistas no puedan madurar. Muchas veces estos movimientos han sido fomentados artificialmente por Galerías y Museos, y no se corresponden con las realidades de nuestros tiempo; y, en muchos casos, estos movimientos se han visto prácticamente truncados al poco tiempo de nacer. Esto ha sido gravísimo.

Después de este panorama de «ismos» tan aterrador, en el que se ha alcanzado la liquidación de las formas desde el punto de vista estético y plástico, creo que hoy día asistimos no a una recuperación del pasado, de tantas cosas que se han dejado a medio hacer, sino a una especie de síntesis y de confraternidad. Es decir, pienso que realmente el principio de este fin de siglo, al cual estamos asistiendo ahora, estará probablemente compuesto de formas contradictorias, que vivirán conjuntamente, y que estará indefectiblemente marcado por el individuo y por la individualidad, por encima de todo. Es decir, por el artista que ha sido capaz de expresar a través de una investigación personal un mundo o un universo también personal, al margen de condicionamientos estéticos impuestos artificiosamente por países que han marcado la cultura de nuestros días de una forma excesiva —y, muchas veces, bajo aspectos de colonialismo cultural—; y al margen también de modas estéticas transitorias y efímeras. Este fin de siglo será probablemente un período en que el individuo triunfará como apertura de un universo propio individual. Y me parece que, de hecho, estamos asistiendo a formas muy interesantes de vuelta a la pintura-pintura, de vuelta nuevamente a la imagen, a crear un arte mucho más cercano a la vida del hombre, y a expresar de forma mucho más fehaciente la tragedia del hombre contemporáneo.

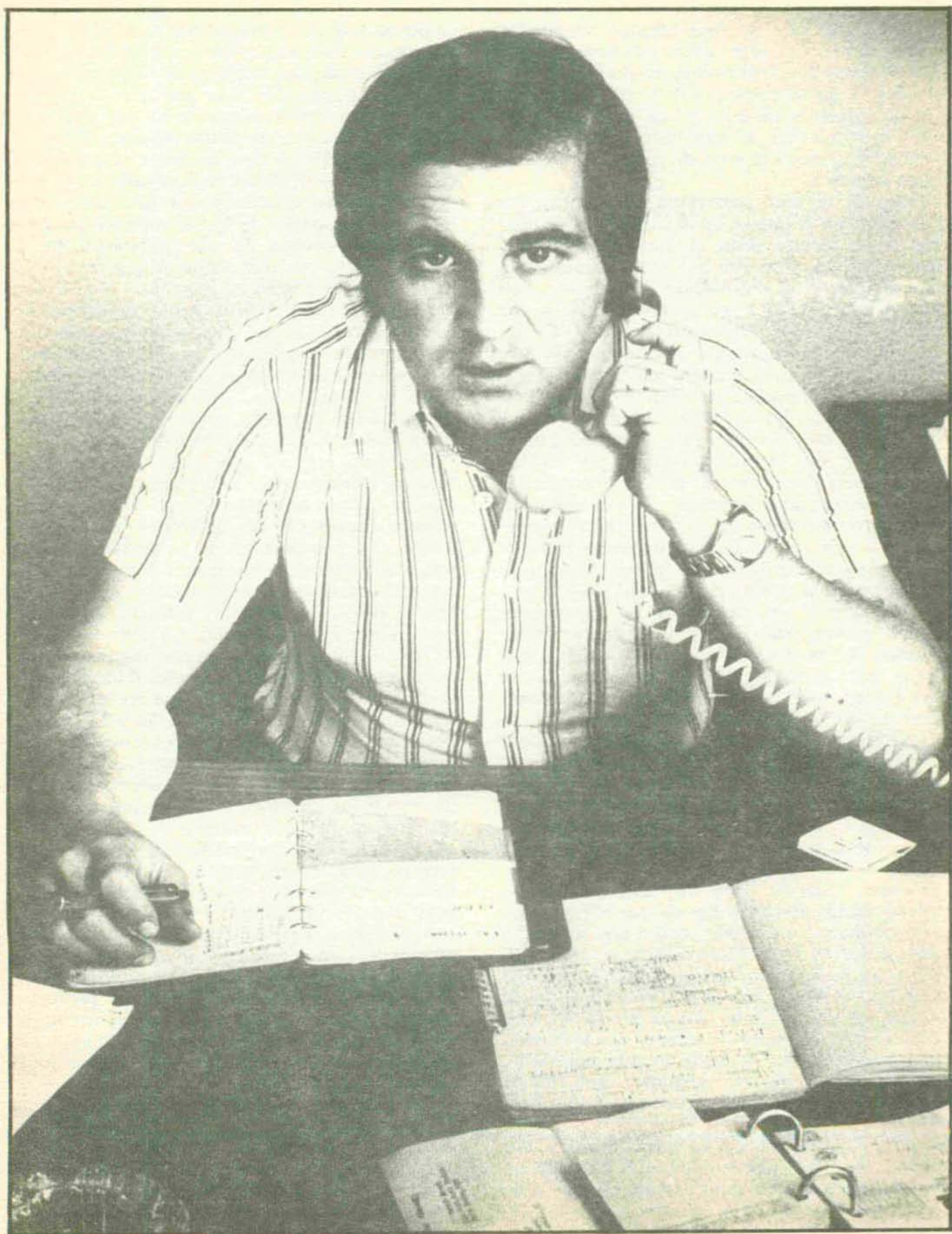
Pienso, también, que hoy día en España existen ciertas posibilidades de que el pintor no se vea obligado a emigrar, como nos sucedió a todos nosotros —y no sólo a Picasso, sino también a mi generación—. Ciertamente, todo ha cambiado mucho, pero creo que esta apertura a todos los niveles se ve curiosamente descompensada con una falta de interés por los coleccionistas españoles; y hasta es una contradicción muy evidente. No obstante, creo que la situación es mucho mejor que la de hace años, y en especial que la de 1953, el año en que yo me fui a París decidido a no volver nunca más a mi país (aunque, por supuesto, al cabo de un tiempo regresé). En aquel momento yo vivía una situación dual: es decir, que no pude nunca prescindir de París, y no pude nunca pres-

cindir de España; y no me siento de ninguno de los países, sino que estoy justamente marcado por la tragedia tan siniestra de aquel momento desde el punto de vista cultural y político. Creo, repito, que la situación ha mejorado muchísimo, y estoy convencido de que continuará mejorando. Ahora bien, lo cierto es que entonces la única posibilidad para el artista era emigrar. Aunque si observamos de una forma objetiva el arte español de los últimos treinta años nos damos cuenta de que prácticamente lo mejor que se ha hecho por artistas españoles ha sido hecho dentro de España: o bien dentro del país, o bien por artistas que nunca perdieron el contacto con su país, o que se autoexiliaron, pero que regresaban periódicamente para estar en contacto con su país. Es decir, que no hubo el corte radical que se produjo con la Guerra Civil española, y que fue trágico para todos los artistas e intelectuales.

Por todo esto yo soy optimista respecto al futuro. Únicamente me preocupa el hecho de que en España asistimos ahora —desde los momentos finales del franquismo y, en especial, desde el advenimiento de la democracia— a una avalancha de cosas que nos estaban negadas con anterioridad: películas, traducciones de libros, obras de teatro; y también novedades en la pintura, por supuesto. La pintura siempre ha sido un instrumento mucho menos contundente para intervenir en la sociedad en la que vivimos —esto es así, y hay que reconocerlo—. Y esta avalancha de información y de realidades, a mi juicio, plantea un problema muy real, de algo que se podía calificar incluso como una indigestión cultural. La gente acepta cosas sin pasar por los intermediarios, sin pasar las épocas intermedias, sin asimilar cosas anteriores. Y, de repente, la mayor parte de la gente —me incluyo también en esta línea— tiene la tendencia a hablar del presente sin tener en cuenta el pasado inmediato. Esta especie de gran indigestión cultural creo que plantea problemas muy graves de identificación y de comprensión de las formas actuales del arte contemporáneo. Pero también pienso que este es un problema que se arreglará con el tiempo, y se asentarán estas cosas tan novedosas que han llegado tan de repente, y que, por supuesto, se asimilarán en tres o cuatro años.

De todas formas, para que las nuevas formas de arte puedan desarrollarse son necesarias la libertad y la democracia. Sin ellas es imposible que este doloroso camino hacia el conocimiento y hacia el goce de las formas del arte y de la cultura puedan convertirse en algo fructífero y válido para nuestro país.

ENCUESTA



**EL FUTURO DEL ESPECTACULO:
CARA Y CRUZ**

**José María García:
Un futuro muy negro
para el deporte**

EL futuro del deporte es un futuro incierto; y el del fútbol es un futuro negro, muy negro. El futuro del deporte es muy incierto porque, desde hace muchísimos años, en este país, por la razón que sea, nadie le ha dado al deporte la importancia que tiene. El deporte no es competición, el deporte no es glorificar a un ídolo, el deporte no es sólo el enfrentamiento de unas gentes, de unos equipos, de unas sociedades o de unos clubs. El deporte es la formación integral de la persona —no se trata de dogmatizar ni de nada que se parezca— en sus primeros años.

Todos los grandes países del mundo, tengan el régimen que tengan, se sirven del deporte (ahí están las últimas peripecias olímpicas), pero sirven al deporte. Los horarios escolares son adecuados; las instalaciones son fenomenales. En Estados Unidos, por poner un ejemplo claro de un determinado régimen político, el muchacho que tiene aptitudes para el deporte puede olvidarse ya de cualquier problema: tiene las becas en las mejores Universidades, etc. Es decir, lo hacen primero hombre, y luego le terminan como deportista. En otro régimen totalmente opuesto, como puede ser el socialista o el mismísimo comunista, pasa exactamente lo mismo: se sirven de sus deportistas, pero sirven a su vez a la formación de deportistas.

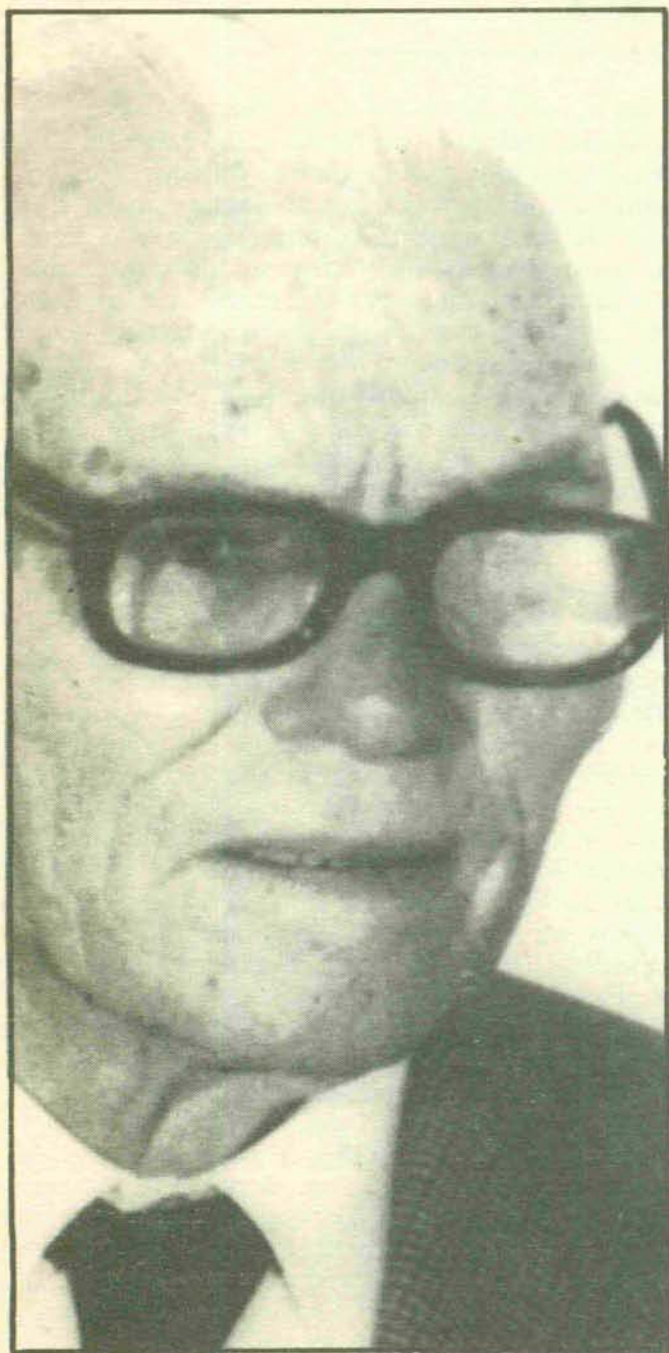
En cambio aquí no se hace absolutamente nada. Desde tiempos inmemoriales hemos utilizado al deporte única y exclusivamente como trampolín de reivindicaciones políticas: los primeros delegados nacionales fueron el general Moscardó o José Antonio Elola Olaso. Hemos pasado de la dictadura a la democracia, y sigue pasando lo mismo. Al último delegado que tenemos se le nombró por ser un hombre de partido. Como ha contado en alguna ocasión Pedro Rodríguez, refiriéndose a la anécdota del nombramiento de Jesús Hermida, Ricardo de la Cierva llegó hasta Adolfo Suárez y le preguntó: «¿Qué hacemos en deporte?»; «Bueno —dijo Suárez— aquí hay un chico, Jesús Her-

mida»; «¿El de la TV, Presidente?»; «No —le contestó Suárez— un hombre del partido». Es decir (y hemos tenido suerte, porque no es un hombre que lo haga excesivamente mal), que nadie le da al deporte la importancia que tiene. Se pueden sacar unas cifras escalofrantes que nos ahorran cualquier comentario, de los Centros escolares que tienen un patio mínimo para que los niños hagan deporte, etc. Y, luego, además, está el dinero que llega en cantidades industriales, que son miles y miles de millones cada temporada, y nadie sabe lo que hacen realmente con él. Es decir, se sirven del deporte en todas sus esferas.

Y en cuanto al fútbol, peor, porque su proyección es todavía de mayor inconsecuencia, de absoluta irresponsabilidad; y mientras no lleguen las Sociedades Anónimas, y fundamentalmente la responsabilidad de los directivos que se juegan su dinero y no el del prójimo, no hay nada que hacer.

Para hablar de una cosa tan cercana como son los Mundiales yo creo que todo el mundo está pensando en ellos como un «Bienvenido Mister Marshall», y que todo eso está muy lejos de la realidad. La única garantía que tenemos en materia de organización en estos Mundiales creo que es la de Raimundo Saporta. El gran cáncer del deporte español son los dirigentes, y ésta es la excepción que confirma la regla. El problema es que va a estar sometido a unas presiones tremendas, porque precisamente el campeonato del mundo es previo a unas elecciones generales; y además se da una circunstancia muy curiosa: el poder lo ostenta UCD, y los ayuntamientos el PSOE. Imagínate, asistimos al primer campeonato político de la Historia, con tantas sedes y con 24 países. Y en el aspecto deportivo va a ser un desastre, porque España, a unos meses del Mundial, todavía no sabe quién juega el Mundial.

Entonces, soy tremendamente pesimista en cuanto al futuro del deporte en España. Pero no porque yo sea pesimista, porque soy optimista en casi todo. Soy pesimista, fundamentalmente, porque pienso que no tenemos dirigentes capaces. Al deporte le pasa como a la política. Los dirigentes capaces que tenemos, por el momento, o permanecen ocultos o no los conozco.



**Domingo Ortega:
Los toros:
emoción garantizada**

YO veo muy bien el futuro de los toros. Hay figuras, y, según vaya avanzando el tiempo, surgirán otras figuras. Lo que pasa con las figuras del toreo pasa con las

de todas las artes: a unos les gusta una, y a otros les gusta otra. Pero el que llega a ser figura algo tiene, porque el público es el que le sube. Y además, si existe el toro, y éste sale a la plaza, y el hombre sale a encontrarse con él, siempre habrá posibilidad de que sigan existiendo y surgiendo figuras y aficionados al toreo; ésta es la historia del arte de torear.

Si el toro se cae hoy en las plazas tiene que ver mucho con la crianza, porque la manera de criar hoy el toro no tiene nada que ver con lo que se hacía antiguamente, hace cincuenta años. Porque el toro se criaba con un lujo de terreno enorme, mientras que el toro ahora se cría muy pobremente. Además, desde que el toro se desteta está en el pienso, porque las fincas, en términos generales, se han reducido mucho, y el toro no se cría como antes. El toro está menos movido, y por eso tiene poca fuerza con relación a su volumen. Además, la raza de los toros ha cambiado muy poco: en ochenta o cien años es la misma sangre. Pero, en mi opinión, lo más importante es cómo se cría el toro en términos generales.

La asistencia del público al espectáculo depende mucho de la situación económica en que esté el pueblo. Porque si la situación económica es brillante la gente asistirá más a los toros, como a los demás espectáculos si la situación económica no marcha bien se nota que el pueblo acude menos a las plazas de toros. Pero yo soy optimista en cuanto al futuro del espectáculo de los toros, porque la juventud seguirá asistiendo al espectáculo, y las figuras jóvenes volverán a surgir, y el pueblo español siempre tendrá ganas de acudir a una corrida de toros, aunque las entradas sean más caras que en el fútbol. Además, para mi manera de ver, lo que lleva a mucha gente a los toros, y esto vale para muchos años, es que van muchas chicas jóvenes, y éstas siempre llevan algún chico detrás, por admiración o lo que sea, y eso influye mucho en la fiesta de los toros. Yo creo que, aunque pasen los años, la fiesta seguirá teniendo un público, porque en el fondo van y seguirán yendo a ver salir al toro a la plaza, porque tiene mucha personalidad. Mientras el fútbol tiene la pelota que no se mueve más que cuando la dan, el toro se mueve muchas veces cuando le da la gana, y por donde él quiere; y esto al público le emociona, y no cabe duda de que seguirá habiendo muchos aficionados a verlo. ■ M. R.